

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 30. de Abril de 1899.

Número 18

BELLAS ARTES.



LAS CEREZAS.

CUADRO DE METZMACHER.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

La sinfonía de la Primavera ha comenzado: el preludio con notas veladas, suave, *pianísimo*, con violines á la sordina y altos acordes de harpa, entra como en el amanecer del *Lohengrin* muy débil, imperceptiblemente melodioso, sonoro y lánguido, como el ruido de los follajes estremecidos por el rocío de la noche. Dentro de la tierra, acribillada por los venablos de oro del sol, comienza á oírse el canto de la savia. Los estambres de las enredaderas tiemblan como heridos por una salpicadura de cristal.

Muy pronto, en *crecendo* con una armonía complicada y conmovedora, vendrán las lluvias fecundantes, las lluvias que ponen pálido el horizonte, rumborean dulcemente por la ciudad y hacen maravillas de sueños con las tardes opacas. Y conservo desde hace varios años, un delicioso recuerdo de estas hermosas metamorfosis de la naturaleza, que á todos nos impresionan por el hábito de juventud y de vida que esparcen en torno nuestro. Oyeme, si gustas escuchar impresiones francas y sencillas, imaginaria lectora de mi prosa, mas no por menos real menos amada. Ya es de noche, acaban de encender la veladora; los teatros no están abiertos todavía, y el último, lindo libro de cuentos, está cerrado sobre tu mesa. No puedo hacerte crónicas mundanas, ni como en otras veces, narrarte la *historia de lo que no ha sucedido*. ¿Quieres que te cuente mi cuento de primavera? ¿Quieres que entretenga tu fastidio con una fantasía? Pues acerca tu rojo taburete—escabel de paje rubio—junto á mi pesado sitial, y mírame un instante.

... La desaparición fué repentina. Momentos antes, el sol caía sobre la vieja pared de enfrente, en cuya cornisa de sillares despostillados las ramas secas y colgantes de una parásita se proyectaban en oblicuo, firmes y negras, fingiendo la sombra de una mano diabólica. La luz amarillenta loqueaba en el muro ruinoso, encendiendo á rojo de fragua los ladrillos descubiertos, plateando las piedras ensalitradas, incrustando polvo de diamante en las cortaduras y prendiendo agujetas de oro en la cabeza leonada y soñolienta de un gato que dormía en el muñón de una cantera ennegrecida de una canal sin tubo.

Y de pronto, con una rapidez de pensamiento, con la violencia con que la varita de una hada toca el aire para que desaparezca el encanto, se apagaron las fantasmagorías caleidoscópicas y el muro se pintó de gris plomizo, un lienzo casi incoloro, en el cual los agujeros y descarnaduras parecían manchas de tinta china alumbradas por palideces de luna. La parásita, sin relieve, se dibujó en la pared, como una grieta de la ruina, y el contorno de la cornisa, picoteado en zig-zag, como línea trazada por una mano temblona, se recortó en un cielo obscuro, un cielo de polvo, plano y sin accidentes, un cielo de paisaje fotográfico.

Entonces abrí la ventana para contemplar mejor aquella metamorfosis. Arriba, entre la inmovilidad cenicienta y compacta del espacio, tras una desgarradura violenta hecha por el viento, tras un boquete de bordes caprichosos inmaculadamente blancos, con fragilidades de nieve, brillaba una placa de azul de cobalto, fuerte y limpia, que arrojaba una gran ráfaga de claridad fría, ala inmensa de luz que se quebraba en los negros acantilados de las nubes.

Qué quietas estaban las inconstantes, las que corren por el aire y se burlan de la forma; los monstruos marinos, los pájaros gigantes, las islas milagrosas, las cabezas de gigantes airados, las catedrales góticas, los castillos ruinosos, los rebaños fugitivos! Atravesó el horizonte un hilo de aves negras, y chillando, comenzó á describir, en el seno de un nubarrón, círculos vertiginosos como los de los juegos pirotécnicos. La caricia del aire era fresca y olía á tierra húmeda. Y á lo lejos, sobre el borrado cono de las montañas, un relámpago mudo rayó el ónix del horizonte.

Cayó en mi mano una gota, suavemente, sin ruido, como si hubiese bajado con lentitud, como si fuese una lágrima de las que se deslizan de las mejillas de una virgen hasta los labios de un enamorado. Después cayeron otras, también poco á poco, anunciando la primera lluvia primaveral, la que abre el corselete de las rosas, engalana el pompón de los claveles y enhebra su chaquiras de cristal en la glauca pica de las hierbas del llano.

He aquí, por fin, á las bien amadas, á las tardes tristes, opacas y pluviosas, á las que ocultan el sol, el ardoroso sol que nos fatiga y del que están cansadas las selvas americanas, las que nos traen la melancolía de las baladas, las que ponen niebla y gasa á nuestros pensamientos para que reluzcan á través, como á través de las trasparencias de los chales brillan los collares de las odaliscas. Nosotros no decimos, como el pobre noruego enfermo, como el trágico Oswald de Ibsen, mirando el sombrío cielo de su patria: Madre, dame el sol.

Al contrario, á estas tardes maravillosamente obscuras, y que nos hacen pensar en cosas vagas y leja-

nas, en solitarios bancos de piedra, en mujeres hechas de luna, en recuerdos nostálgicos, en amores imposibles, á estas tardes así opacas y silenciosas, les pedimos que nos den bruma, un poco de bruma para acurrucar en ella nuestros sueños!

* *

Los pueblos cercanos se preparan á celebrar las fiestas en que toma parte el sol: las de las flores. Es fuerza confesar que á este caballero se le deben los prodigios de pétalos y de ramos que trae en su delantal de lino la Señorita Primavera.

Las flores viven: son almas de mujeres coquetas que hicieron sufrir en anteriores existencias á jóvenes enamorados y sensibles.

Todos los poetas cantan en sus estrofas el amor de las rosas ó la ternura de las violetas. Manuel Gutiérrez Nájera tiene un encantador *pastiche* huguiano lleno de fantástica animación. ¿No conocéis la *Misa de las flores*? Recordad qué sencillos y qué divinos versos. Parece que Andersen se entretuvo en rimar alguno de sus cuentos. Corre por esas estrofilas, de arte menor, hechas como al paso de un ensueño, savia virgen y primaveral. Al leerlas se pregunta uno si no están regados con jugo de azucenas y perfumados con agua de rosas.

¿Habéis oído algo más que esto?

Vamos al templo. Hoy es fiesta
Tulipán dirá el sermón;
En la misa gran orquesta,
Y en la tarde procesión.

Palomas y codornices
Con hojitas de azahares
Remiendan sobrepellices
Y componen los altares.

Un pobre topo, el más mandria
Y apocado, barre el coro,
¡Hoy va á cantar la calandria
La calandria, de voz de oro!

Será el zenzontle, tenor,
Jilguero, el primer violín,
Y maestro director
El arrogante clarín.

¿Verdad que esta poesía es una escena del *Sueño de una noche de Verano*? Es poesía que huele á juventud que ama la naturaleza y que penetrada de sus secretos, los canta en un lenguaje fino y sutil como un tejido de luz. El joven maestro sabía como nadie de estas cosas. Era el bardo de las delicadezas. Este humorista maravilloso debía ser el orador en las fiestas de las flores. Las amó y las soñó toda la vida.

Suguro estoy que ellas no lo han olvidado.....

* *

La sociedad se ha estremecido unos cuantos instantes con dos acontecimientos: el suicidio de un cansado y el crimen de un degenerado. El suicida era joven, era bueno, era artista. Dejó por herencia una carta profundamente melancólica y sincera. El criminal es un hombre obscuro, que como el Guymplaine, viene del abismo. Es un martirizador extraño que posee todos los vicios, todas las supersticiones, todos los instintos de esa multitud de que habla el filósofo, pálida, mal alimentada, sucia, grosera, perversa; de esa plebe en donde, en el adulto todas las fibras del cuerpo y del alma se corrompen, en donde en la mujer se envenena el manantial de la santa maternidad, en donde el niño ignora las alegrías de su edad, en donde todos están envilecidos, olvidados, legión anónima condenada á la cruz de un trabajo de ilota.

* *

En la semana teatral son de anotarse dos sucesos: el triunfo del género chico con *Gigantes y Cabezudos* y los beneficios de Bell, el *clown* glorificado y amado.

¿Por qué Bell habrá alcanzado tan gran celebridad?—me preguntaba una muchacha.

—Lo merece—le respondí—; en los espectáculos modernos, representa la nota sana y la risa inocente. Es el único amigo de los niños.....



LA ESCLAVITUD MODERNA.

Servidumbre de la mujer.

Quien en pueblos como los civilizados, y en épocas como la moderna exclame: Subsiste aún la esclavitud: la mitad de la especie humana vive en estado de servidumbre; hay todavía una clase social, numerosa, interesante, estimable por mil títulos, que gime bajo el yugo, con capataz al lado, tutoreada y asesorada siempre, sometida á una autoridad casi despótica, corre riesgo de hacer estallar en una sonora carcajada, la ironía de quienes creen que basta decretar la libertad para gozarla y que un principio escrito en un pergamino reemplaza á tradiciones, usos y costumbres inveteradas.

En México todos nacen libres y los esclavos que pisen el territorio nacional, recobran por ese sólo hecho su libertad y el goce integral de sus derechos conculcados. Tal es la ley, tal debía ser, y sin embargo la mujer es sierva, la mujer está condenada á vivir bajo la tutela del hombre, la mujer le debe sumisión y obediencia y por el sólo hecho de ser mujer, y aun cuando su planta huelle el suelo de la libertad, lleva cadena al pié y ostenta en su hombro la marca de la esclavitud.

Claro es que esta servidumbre no es la de la mujer nómada, simple hembra, bestia de carga ó instrumento de trabajo; claro también que su esclavitud no es la de la odalisca en el harem, encerrada en jaula dorada, perfumada con pebetes, ataviada y cuajada de pedrería como una reina, pero simple instrumento de placer, sin autoridad, sin derechos, sin defensa en la ley ni amparo en las costumbres; pero no por ser menos dura y menos ruda, no por aparecer más disimulada y solapada es menos real y efectiva la esclavitud de la mujer moderna.

Los dos grandes medios de opresión son la ignorancia y la miseria. Oprime de hecho quien priva á las demás de la luz y del pan; dentro de la ignorancia podrá haber tumultuosas é intermitentes rebeldías, pero no disfrute de libertad permanente ni conciencia ni reivindicación efectiva del derecho; dentro de la miseria podrán comprobarse airadas represalias, violentas explosiones de iracundia popular, pero no goce continuado y tranquilo de los beneficios de la justicia.

Los grandes emancipadores han sido la instrucción de las masas y la plena, absoluta y completa libertad de trabajo. Ahí donde las instituciones, las leyes y las costumbres no acatan esos dos supremos derechos: el derecho á estudiar y la libertad de trabajar, imperará la servidumbre y estará de hecho vigente la esclavitud.

En las sociedades modernas, en la nuestra especialmente, no es la ley, sino la preocupación quien veda á la mujer la instrucción y la que le coarta la libertad de trabajar confinándola á un círculo reducido de actividad mal retribuida, privada de vastos horizontes y de amplias perspectivas. So color de proteger á la mujer, de suplir á su supuesta debilidad con el capcioso y caballeresco pretexto de trabajar para ella, de evitarle los abrojos de la senda y de secuestrarla á las heridas del combate, la hemos confinado al hogar, condenado á la ruca y á la aguja; le hemos puesto gafas ahumadas para que no vea lejos ni vea claro; hemos reprimido sus aspiraciones y cercado su ambición; le pedimos encantos, fidelidad, trabajo doméstico, pero le vedamos la intervención en nuestros negocios, la libre y espontánea iniciativa en los suyos, la libertad de acción y la espontaneidad de pensamiento.

Hay más; para mejor reprimir sus veleidades de emancipación la hemos hecho frívola, adoradora de la moda y no del ideal, consagrada al atavío y embellecimiento de su persona; la hemos transformado en muñeca, en joya, en objeto de ornato. Cuando á los piés de la mujer amada, le hablamos de su cautivadora belleza, del brillo incomparable de sus ojos, de su talle de palmera, de sus labios de rosa, la mujer no imagina siquiera, y el hombre se lo figura apenas, que se la está pervirtiendo, engañando, que se la declumbrá para mejor seducirla, y que se la adula para mejor explotarla.

Hay algo en la mujer, superior á su belleza, más admirable que sus encantos, su inteligencia y su corazón; pero de eso ni le hablamos. No querríamos llamar su atención hacia su talento y hacia los tesoros innegables de ternura, de abnegación, de filantropía, de dignidad humana que se esconden, como valiosa joya en rico estuche, bajo los atractivos exteriores de su forma corporal. No le hablamos de su alma sino para llamarla pífida, desleal, voluble y frívola; no le hablamos de su inteligencia sino para hacerle comprender que es ignorante, tontuela y sandia.

A fuerza de no oír elogiar sino su cuerpo, la mujer ha acabado por no adorar más que su belleza; daría la noción más fundamental por un cintajo, el principio científico más capital por una joya y prefiere en general tener erguido el talle y amplia la cadera á tener recto y sólido el criterio. Llegada á este punto la mujer está ya subyugada y esclavizada; sólo se con-

forma con tener un adorador á los piés; su horizonte es su espejo, su altar, el tocador; no tiene aspiraciones, pero tiene cortesanos; no goza de libertad, pero se embriaga con el perfume de la adulación; no es poderosa, pero es bella.

El matrimonio y la vejez vienen á abrirle los ojos; cuando el amartelado trovador se transforma en el señor de la casa, cuando en lugar de entonar ditirambos da órdenes, cuando en lugar de respetar caprichos y exigencias antepone los suyos y cuando en vez de derrochar y de obsequiar impone economías y sacrificios, la mujer comienza á ver claro, discierne la red que se le ha tendido, se le hizo creer que era reina y resulta esclava; su cetro se ha trocado en esposas, su soberanía en servidumbre, su imperio en sumisión. La vejez es más cruel aún, los primeros hilos de plata en la cabellera y las primeras rugas en la tez, espantan y hacen emigrar á los cortesanos como las primeras escarchas y las primeras brumas hacen emigrar á las golondrinas; el vacío al derredor, el menosprecio, la indiferencia de todos, la miseria, á veces negra y sórdida, dimanada de la ineptitud para el trabajo, tal es la perspectiva que la vejez ofrece á la mujer.

Y todavía á la madre la redimen los hijos, encuentra al lado de la cuna los consuelos y goces que le negó la sociedad; pero ¿hay nada más lóbrego, más frío y más triste que el hogar y la vida de la soltera?

A este porvenir hemos condenado á la mujer; somos los artífices de su desesperación y de su ruina; los hombres podemos aspirar y lograr, ambicionar y conquistar, luchar y triunfar; la vida entera es mezuquina para recorrer el camino interminable que se abre á nuestro paso; riquezas, gloria y poderío, toda una Naturaleza que domeñar, toda una misteriosa ciencia que descifrar, toda una sociedad que reorganizar dan aliento á la vida, pábulo al trabajo, estímulo á la actividad; por cada ilusión que se desvanece resurgen nuevas ilusiones, por cada esperanza marchita retoñan nuevas esperanzas.

Para la mujer no hay más que una misión, una ilusión, una esperanza, el amor; la mujer podría ser feliz si fuera siempre bella y siempre amada; pero le hemos hecho vincular su felicidad en lo que hay de más efímero, sus encantos, y como nos hemos condenado á no amarla sino por su juventud y su belleza, nuestro amor acaba por ser tan efímero como ellas.

Darwin llegó á ser viejo y feo, Spencer es casi un gorila, Lord Salisbury causa casi espanto; pero vivieron ó viven respetados, admirados, poderosos y gloriosos. Las mujeres á quienes vedamos la grandeza, el saber, el poder y hasta la gloria sólo sobreviven á su belleza por su virtud, su virtud que no es más que otro cáliz libado hasta las heces.

¿Hay una redención para la mujer? ¿vendrá un nuevo Mesías á sacarla de la servidumbre y á predicarle la buena nueva? Sí, y ya se anuncia el feliz advenimiento; vagas agitaciones y sordos murmullos lo dejan presentir, y profecías llenas de fé é impregnadas de ardientes esperanzas lo pregonan y ensalzan.

A la mujer la redimirán la ciencia y el trabajo. La naturaleza hizo de ella una hembra como hizo del hombre un animal. Por el trabajo y por la ciencia el animal ensanchó sus horizontes, multiplicó sus medios de acción, se engrandeció en lo material, en lo intelectual y en lo moral, fundó la sociedad, conquistó la fuerza, y el trabajo y la ciencia hicieron del animal un hombre. De la hembra que forjó la Naturaleza, de la muñeca frívola que la sociedad formó y atavió, el trabajo y la ciencia harán la mujer, la verdadera y la digna del hombre, inteligente, fuerte y rica como él.

Ya la mujer comienza á abandonar la rueca por el libro, ya se aventura fuera de su cárcel en busca de enseñanzas y de trabajo; ya la preocupan arduos problemas científicos y serias empresas prácticas; ya comienza á hacerse amar, no tan solo por su belleza sino también por su talento; ya va siendo capaz de dar consejo, de ejercer la dirección y el mando, de colaborar con el hombre en sus altas empresas. La madre ya no tiene por único guía su instinto ciego y su amor ignorante; hoy consulta, estudia y resuelve las altas cuestiones y los arduos problemas de la educación. La ley no le cierra las puertas del taller ni las de la Universidad y contra la preocupación y la rutina comienzan á elevarse las protestas. Para redimirse y regenerarse la mujer no necesita más que audacia y energía; que se instruya, hoy sobra dónde; que trabaje, hoy no falta en qué, y no sólo podrá ser más fuerte sino también más feliz.

Cuando el hombre no vea en ella ya un instrumento de placer ni una chuchería de aparador; cuando la crea capaz de ayudarlo, de aconsejarlo, de atalajarse con él á la pesada carreta; de colaborar en sus empresas, de sostenerlo en sus luchas, de impulsarlo y estimularlo, el amor del hombre será acaso menos volcánico, pero será más duradero y más firme.

Hasta aquí el hombre ha caminado con la mujer áuestas, estorbo, pesado y fatigado en su marcha y ella maniatada, impotente, inerte casi como un fardo; cuando marchen los dos lado á lado, apoyado el uno en el brazo del otro, sus movimientos serán más libres, su paso más seguro, su marcha más rápida y el sendero, antes escabroso y difícil, parecerá más llano, más recto y más florido.

DR. M. FLORES.

VIRGILIO.

(DEL LIBRO «RESONANCIAS DEL CAMINO.»)

Virgilio que se levanta en la aurora de la era cristiana, en el mundo romano, después de los triunfos de Augusto, es el intérprete de una ansia de paz idílica que entonces sintió la tierra, y que parece el rayo precursor de la aurora de paz del alma, que rayaba en Palestina. Me recuerda una de esas claridades de luna que, antes del amanecer, nos parecen el alba, y después de las cuales vuelve de nuevo la noche azulada en que se diluyen las estrellas y que de veras precede al día.

Las estrofas pastorales de Virgilio hacen algo más respirable para los niños la atmósfera romana en que cantaba Ovidio y el mismo Horacio. Canta el poeta, y, poco después, nace un niño en Belén.

La sombra y los cantos de Virgilio no huyeron al aparecer la aurora del pesebre: parece que tímidamente se acercaban á él detrás de los pastores llamados por los ángeles.

Es que el poeta era piadoso y casto.

Dante, el austero poeta del amor puro, no rehuye el ser guiado por él hasta el mismo linde de la eterna pureza infranqueable para el dulce armonioso pagano; pero éste, al aparecer Beatriz, la diáfana bienaventurada, desaparece como luz que en luz mayor se disipa.

Dante lo busca entonces; lo busca como el niño á su madre cuando tiene miedo.

*Col quale il fantolin corre á la mamma
Quando ha paura*

Lo necesita para decirle que, como el mismo Virgilio lo había sentido, siente él de nuevo el amor en su alma casi con terror;

*Conosco i segni dell' antica fiamma.
Agnosco veteris, vestigia flammae.*

Pero Virgilio lo ha dejado. Dante llora entonces su ausencia amargamente. Llora á las puertas del Paraíso!

Lloró el Dante la belleza que se iba en el poeta; la belleza que él identificaba con la frase rítmica del dulce verso virgiliano. ¿Cómo ver á Beatriz sin Virgilio, si Virgilio no era otra cosa en el alma del bardo florentino, que la emanación rítmica de Beatriz, de la belleza, del amor?

¡La belleza! ¡La frase numerosa! ¡El ritmo! ¡El poeta! ¡El Arte!

¿Qué es eso que circunda la sombra de Virgilio, y que he sentido pasar por el aire en la tarde del Paulipho?

Yo no sé cómo explicarme, y mucho menos cómo definir la noción de esa belleza abstracta, hermana de la verdad y del bien que cuaja en estrofas como se cristalizan los cuerpos en transparentes figuras geométricas; que se inocula en el ritmo como el alma en el cuerpo á que substancialmente se une. Pero en la necesidad de reducir á formas sensibles lo que los escolásticos llaman *entes de razón*, yo no quiero imaginarme un espacio entre los mundos en que está aquello que Goethe llama *las madres*, en el vagar fantástico de Fausto arrebatado por el espíritu: un espacio en que existe la línea perfecta, tenuísima, pura, casi sin extensión; el color recién nacido, primer estremecimiento de la luz acabada de brotar en la sombra del principio; el sonido virgen que se difundió en la infinita transparencia; las formas y los ritmos prístinos que fueron el molde del primer hombre y la primera mujer desnudos y el eco de su primer palabra de amor. De allí acaso salieron la estatua griega con la noble castidad de su desnudez, la tinta que derramó Murillo en torno de sus cabezas angélicas; la estrofa transparente que se desprende del alma sin dolor, aunque sea dolorosa, como se desprenden las lágrimas.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no puede venirnos ni de nosotros mismos ni de la naturaleza. Tiene, pues, que provenir de un Sér perfecto en sí mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

A ese foco ha ido, y va é irá siempre también á parar todo lo immaculado que pasa sin historia por nuestro mundo, suspiros que el hombre no comprende, lágrimas ahogadas en secreto, anhelos de pueblos mártires, ayes de razas extinguidas, quejidos de expiación no escuchados. Allí va el amor puro; el puro ideal de patria, emanación del alma de los verdaderos héroes; la esencia de sacrificio y de martirio que allí se concentra después de desprenderse de la lágrima de una madre, que quedó seca en los ojos; de la gota de sangre de un soldado, gota que, al evaporarse, agrietó la herida; de la oración de un santo que remedió una ciudad maldita; del quejido de un niño huérfano; del grito perdido en el mar de un pescador naufrago.

Todo eso no tiene nombre, pero es ritmo, armonía, armonía suprema como la de los mundos.

El poeta es el único á quien es dado asomarse en sueño á esa región, y descender y hablarnos de ella. Y, al proponerse cantar lo que allí se ve, tie-

ne que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no tiene forma. Entonces canta; canta con palabras que buscan instintivamente el ritmo; que se abrazan en él, para ser algo más que palabras; que vibran reproduciendo otras vibraciones sin nombre; que se agrupan alrededor de núcleos misteriosos y forman las estrofas que se engranan entre sí como collares de urnas cadenciosas.

Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y flota en torno de ella y se difunde en el verso y penetra la estrofa; ésta palpita como un organismo vivo, con prescindencia del sentido propio de las palabras que la formaron. El sonido es entonces recuerdo, es mensaje, es latido del corazón de la belleza muda, inmóvil, impasible.

Es que allá, en el gran foco, no hay idea sin ritmo, sonido sin alma, color sin vibración melodiosa, línea sin color; y, al traerse á la tierra uno de esos elementos de belleza, lo siguen, más ó menos de cerca, sus hermanos, como la cauda luminosa á la estrella errante. La palabra canta, la melodía piensa, el color y la línea palpitan. El verso y la estrofa toman forma, cuajan en el alma junto con el pensamiento y la imagen; son una misma cosa. Separarlos es separar el alma del cuerpo: es la muerte.

No se exija, pues, al poeta que hable como los hombres; no se espere de él la reproducción de lo que ven y sienten y piensan los demás. El viene precisamente á decirnos lo que aún no se ha oído; él, con un verbo nuevo, hace un desgarrón en el velo sagrado que cubre el misterio; con un adjetivo melodioso y extraño agujerea la bóveda negra que nos oculta la luz, y deja allí una nueva estrella que nos revela la existencia de otros sistemas siderales.

Pero para ver el rostro nuevo, es necesario alzar la cabeza; para reflejar su luz, es necesario tener algún brillo siquiera, aunque sea de lágrimas, en los ojos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

EN LOS VALLES DE SIENA.

San Giovanni d'Asso (Toscana),
25 de Junio.

Partimos ayer de Siena. En los valles tranquilos y apacibles, á ambos lados del camino, una serie no interrumpida de viñedos, alquerías y granjas cultivadas. En las vertientes de las colinas, los caseríos que asoman entre los bosques de olivos, de encinas y de castaños, los caseríos con su aspecto de paz y de fiesta, con sus ventanas floridas y abiertas, como sonriendo por una felicidad interior. Y después, sobre el telón gris formado por los contrafuertes de los Apenninos, los burgos y los pueblos refugiados en la roca casi inaccesible. Y allá á lo lejos las moradas de piedra ennegrecida, que trepan y parecen arrodillarse cerca de la cumbre, como para besar los cimientos del castillo, que se destaca dibujando netamente sobre el cielo diáfano sus almenas güelfas.

¡Cuánto recuerdo de los pasados tiempos! T..... me cuenta en su lenguaje poético las tradiciones conservadas por Guerrazzi, y los episodios bosquejados por Montluc en la parte de sus *Comentarios* en que habla de la defensa de Siena. Aquel fué el teatro de luchas sin fin, en el que las mujeres pelearon, después que los hombres murieron en el combate. Todas las damas de Siena se dividieron en tres bandadas, comandadas por Livia Fausta, la Piccolomini y la Fortaguerra. Eran tres mil, entre nobles y plebeyas, y en pocos días levantaron las trincheras donde combatieron con valor antiguo por la patria y la libertad.

Y fué allí, á lo largo de esos valles deliciosos, donde se refugiaron los hijos de Siena que huían del despotismo florentino, esos sieneses que hicieron del arte una religión, porque necesitaban consolarse con algo grande de la pérdida de su fé, y de las injusticias crueles del Dios de las batallas!

Todas esas aldeas fortificadas y en actitud de asechanza contra el vecino, me producen, como las de los montes Sabinos en los alrededores de Roma, una impresión gráfica de la vida feudal, con sus aislamientos y egoísmos, con sus odios y rencores, con sus miserias y grandezas, con sus preocupaciones y tradiciones, con su ideal de fuerza brutal, y al mismo tiempo con su culto caballeresco por su Dios y por su dama.

Paisaje revelador de ideas y de hechos dolorosos, y melancolías sin nombre, ideas que brotan de sus árboles y de sus piedras como si hubieran sido allí abandonados por una raza caída que maldijo del más fuerte, y que lloró sobre la roca, en el bosque profundo, por la pérdida de la patria y del honor.

Y después la *maremma* que despierta un movimiento de tristeza que toca el ánimo sin penetrarlo, se desliza y dejar al pasar una dulzura lánguida!

BELISARIO J. MONTERO.

La Sra. Doña Antonia Ochoa de Miranda

Artista de gran inspiración. pensionada un tiempo por el Gobierno para que hiciera sus estudios en los Conservatorios de Europa, recibió de la naturaleza ricos dones como cantante y cultivó sus facultades llegando al pleno dominio de su arte.

Los inteligentes la admiran y la tienen en el alto concepto que sólo merecen los privilegiados.

Su gran prestigio artístico y las cualidades que tan respetable hacen su nombre nos permiten augurar el éxito feliz que alcanzará en el magisterio, al que va á dedicarse.

Será, no lo dudamos, una perfecta maestra de canto y las damas de nuestra sociedad que á ese arte se consagren, tendrán de hoy más una guía segura, pues la Sra. Ochoa de Miranda posee todo lo que es necesario para formar una escuela de cantantes, una verdadera y alta escuela que cultive dignamente y glorifique el arte en nuestro suelo.

MEXICO ANTIGUO.

La casa que habitó un ilustre huésped.

México, la antigua ciudad de los lagos, la Capital del Imperio Azteca, del Reino de Nueva España, y de la actual República, ha sido visitada por ilustres viajeros, que por recreo, por negocios ó por amor á la ciencia, han surcado el Oceano en pos de las maravillas de nuestra naturaleza, ávidos de nuestras riquezas ó ansiosos de contemplar las ruinas arqueológicas de las razas indígenas de esta parte del continente.

Muchos de estos viajeros nos han dejado consignadas sus impresiones en libros de sumo interés, llenos de observaciones atinadas, pintorescos por su estilo, aunque casi todos, unos mucho y otros poco, plagados de no escasos errores y falsas apreciaciones.

Larga lista podría hacerse de los muchos viajeros que han visitado á la ciudad de Cuauhtemoc, desde los ingleses Roberto Tomson y Miles Philips, que en el siglo XVI vinieron aquí para ser víctimas del Santo Oficio, el exagerado Tomás de Gage y el ingenuo Gemelli Carreri, que describieron minuciosamente muchas poblaciones y costumbres del siglo XVII, el ilustre astrónomo Chappe D'Auteroche que vino en el siglo XVIII á observar el paso de Venus por el disco del sol, hasta los nunca bien elogiados Humboldt y Bompland que estuvieron aquí á principios del siglo XIX.

¡Cuántos nombres distinguidos podríamos citar de los que á México vinieron para no volver á su patria, como el de Mateo Alemán, autor de *El Picaro Guzmán de Alfarache*, que después de haber impreso aquí varios libros suyos, murió pobre y olvidado! ¡Cuántos como Mejía el traductor de las *Heroidas* de Ovidio, ó como Gutierre de Zetina el inspirado poeta!

Pero ahora consagramos un recuerdo á otro viajero ilustre, que pocos días estuvo en nuestra capital; pero que se hizo simpático á todos los que le trataron, y cuyo nombre es un símbolo de Gloria para la América independiente.

* *

El 19 de Enero de 1799, precisamente hace una centuria, se embarcaba en la Guayra, á bordo del navío de «San Ildefonso,» un joven de dieciséis años no cumplidos, pues había nacido en Caracas el 24 de Junio de 1783.

El joven á que aludimos era de talla regular, de maneras vivas y resueltas: sus ojos rasgados lanzaban miradas eléctricas y penetrantes, bajo pobladas y arqueadas cejas; su frente levantada, hacía adivinar una inteligencia superior; su color juvenil; apenas sombreada por el bozo su boca graciosa y expresiva.

Erguido llevaba el cuello; pronto se mostraba en el andar, y aunque lánguido en su exterior aspecto y agudo en la voz, tenía empero palabra fácil, y un carácter tan franco y atractivo, que á todos se hacía simpático y sobre todos ejercía un ascendiente irresistible.

Sus compañeros en la navegación gustaban de oírle hablar, por su donaire y agudos dichos, que revelaban una gracia genial y una perspicacia suma.

Vestía á la sazón uniforme, el de Teniente de Milicias de Aragua, de cuyo Regimiento había sido Coronel su padre, pues el joven era huérfano, y su curador D. Carlos Palacio lo enviaba entonces á España, con el objeto de que completase su educación en Madrid.

El navío de «San Ildefonso,» que comandaba D. José de Uriarte y Borja, Oficial de la Marina Real de España, siguió la derrota de Veracruz, donde tocó para embarcar los caudales que de aquí, como era costumbre, se enviaban periódica y regularmente á la Península.



SRA. DOÑA ANTONIA OCHOA DE MIRANDA
Distinguida cantante mexicana.

Las estadías que hizo el buque en nuestro puerto mal sano, aunque cortas, las aprovechó el joven para bajar á México, tanto más, cuanto que traía cartas de recomendación para personas distinguidas.

De paso visitó la hermosa ciudad de Jalapa, el edén veracruzano, admirando la belleza de sus mujeres y de sus jardines y el trato leal y franco de los hombres. Visitó también la ciudad de Puebla de los Angeles, la segunda población del virreinato por su importancia, y quedó gratamente sorprendido de sus industrias y manufacturas, así como de la variedad de sus mármoles y tecalis.

* *

Una vez en la capital, se hospedó en la CASA DE LA ESQUINA 2ª DE LAS DAMAS Y ORTEGA, casa de la familia de los marqueses de Uluapa, cuyo penúltimo poseedor de este título, D. Alejandro Cosío, estaba recientemente muerto; pero su viuda Doña María Josefa Rodríguez de Velasco, hermana carnal de la famosa *huera Rodríguez*, hizo todos los honores á aquel

joven viajero, y quedó tan encantada de la vivacidad de su huésped, que años después hablaba con entusiasmo y elogio de sus cualidades, y mostraba orgullosa el retrato con que la obsequió como recuerdo.

Nuestro joven traía cartas de recomendación para el Oidor de la Real Audiencia de México, Don Guillermo de Aguirre; cartas que le había proporcionado el Intendente Don Esteban Fernández de León.

El Oidor Aguirre salía á la calle con su joven recomendado, mostrándole lo más digno de verse en la ciudad, y no contento con esto, un día lo presentó al Virrey Don José Miguel de Azanza, quien mostraba gran placer conversando con el *caraqueño*, por el despejo, prontitud y soltura que naturalmente revelaba en sus sabrosas pláticas.

En cierta ocasión, sin embargo, de palabra en palabra, y sin darse cuenta los interlocutores, la conversación versó sobre asuntos políticos, tan trascendentales como peligrosos de tratar en aquellos tiempos.

El Virrey Azanza quedó asombrado, cuando el joven su amigo, sin preocuparse por la presencia de tan alto personaje, comenzó á defender con entusiasmo, con sólidas razones y con elocuentes frases, la conspiración que hacía poco fué descubierta en Caracas, y todavía más los *derechos de la Independencia de América*.

El Virrey cambió hábilmente de asunto, suplicó al Oidor Aguirre procurara cuanto antes saliese para España tan peligroso huésped, y éste, después de haber permanecido unos quince días en la ciudad de México, se embarcó de nuevo en el «San Ildefonso,» rumbo á la Península.

* *
¿Quién fué este joven, defensor ardiente de la independencia, en plena capital del virreinato de nueva España, y en el año del Señor de 1799?

* *
¿Quién fué este ilustre huésped, que tantos recuerdos gratos dejó á los que lo trataron?

¡SIMON BOLIVAR, EL LIBERTADOR!

México debe enorgullecerse de haber sido visitado por tan ilustre huésped, mensajero misterioso de la libertad, que sin pensarlo nos enviaron las hermanas repúblicas de Sud-América, hacia fines de la última centuria.

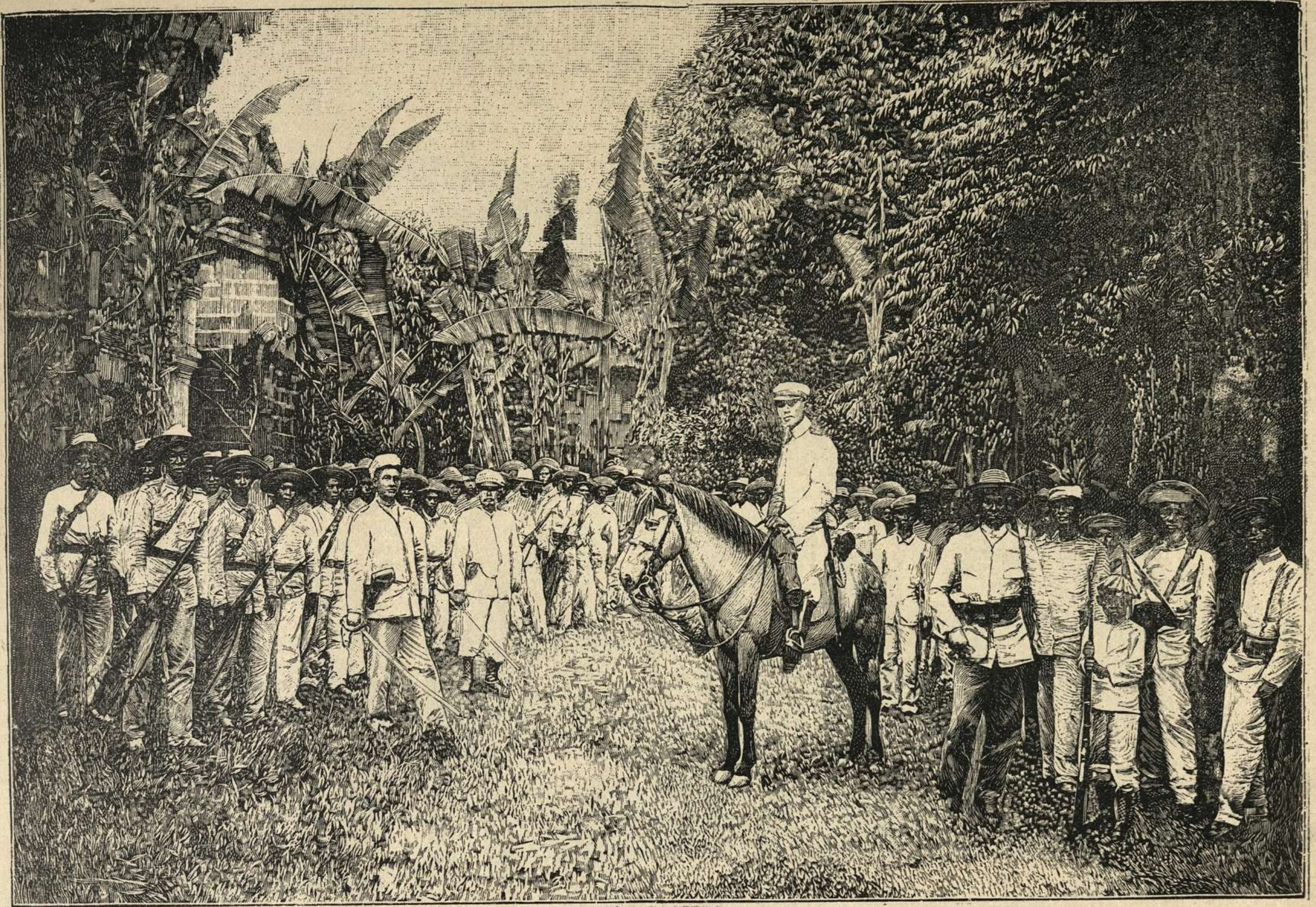
La ciudad haría bien en colocar una inscripción en la casa que habitó tan distinguido viajero en la esquina de las calles de las Damas y Ortega; inscripción breve y sencilla que recordara á la posteridad que

AQUI VIVIO
EN EL AÑO DE 1799
EL LIBERTADOR
SIMON BOLIVAR.

LUIS GONZALEZ OBREGON.



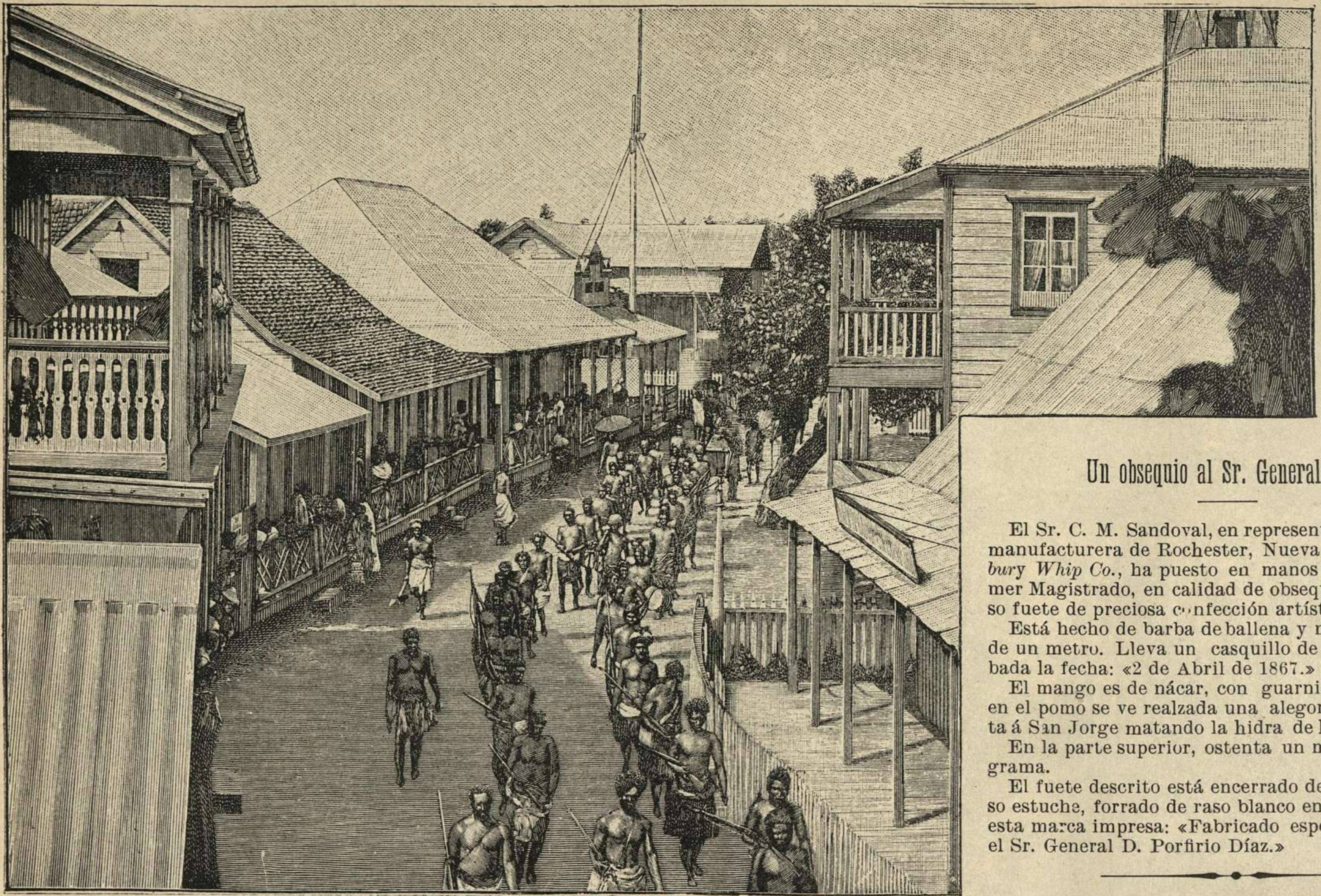
CASA EN QUE VIVIO BOLIVAR, ESQUINA DE LAS DAMAS Y ORTEGA
(HOY PROPIEDAD DEL SR. LIC. LUIS MENDEZ.)



OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJERCITO INSURRECTO FILIPINO.



EL COMITE FILIPINO DE HONG-KONG.



LA CRISIS DE SAMOA: LOS REBELDES RECORREN LAS CALLES PRINCIPALES DE APIA.

LOS FILIPINOS EN CAMPAÑA.

Aparecen en la página 309 dos grabados característicos de la contienda filipina.

En verdad que son dignos de atención estos tipos tagalos y que no somos sólo los latinos quienes los miramos con interés y simpatía. En plena lucha, los americanos por la voz poderosa de sus revistas y periódicos, han hablado más de una vez en términos de tal modo favorables á los filipinos, que difícilmente creeríamos que quienes así juzgan á un pueblo y á sus capitanes, no son precisamente los mismos que hacen contra ellos una guerra formidable de conquista.

Muchas son las cualidades que les reconocen á los insulares del archipiélago asiático nuestros vecinos, y en los artículos que han escrito sobre Aguinaldo, Agoncillo y sus parciales, los llaman inteligentes, astutos, sufridos y constantes.

Lo son, en efecto, y admira la resistencia que han opuesto á Otis en la campaña, imponiendo al ejército americano pruebas que suponen en el adversario, grandes facultades de combate.

Por otra parte, los miembros de la Junta de Hong-Kong y Agoncillo, el agente ó plenipotenciario de los insurrectos, pueden sufrir ventajosas comparaciones con los diplomáticos y hombres de gabinete de los países más adelantados.

Sin emitir aquí, pues no es esta sección la destinada á ello, juicio alguno sobre el fondo de la cuestión filipina, cumpliendo con fidelidad nuestra tarea de registrar los sucesos de importancia, al hablar de los directores y agentes principales de la insurrección, no podemos negarles lo que sus mismos adversarios les otorgan con imparcialidad sólo posible en un pueblo donde el constante ejercicio del libre examen no supedita las opiniones individuales á las supremas y tiránicas imposiciones del poder directivo nacional.

LA CUESTION DE SAMOA.

En la sección de caricatura verán nuestros lectores una serie de grabados que en expresión cómica traducen con admirable fidelidad, á la vez que con suma gracia, la situación de las islas Samoa.

La parte seria y amenazadora de las agitaciones de aquellas islas lejanas radica no sólo en la efusión de sangre, en las cocaciones y bombardeos, sino también, y muy principalmente, en la posibilidad de un conflicto entre las potencias interesadas que pueden verse conducidas á una guerra por la imprudencia de sus agentes.

Pero al lado de estos peligros, la cuestión presenta un aspecto más bien pintoresco que trágico en la candorosa seriedad con que los reyezuelos aborígenas y sus súbditos pelean y se entregan á vehementes manifestaciones de odios y rivalidades, creyendo obrar por cuenta propia, cuando son en realidad inconscientes porta-estandartes de extraños intereses que ignoran.

Nuestro grabado da la impresión del conflicto, visto por el lado indígena: la revolución y la lucha de los pretendientes á la corona de un imperio de 37,000 habitantes, sujeto á la tutela de tres potencias.

“LA CASA DEL BOSQUE.”

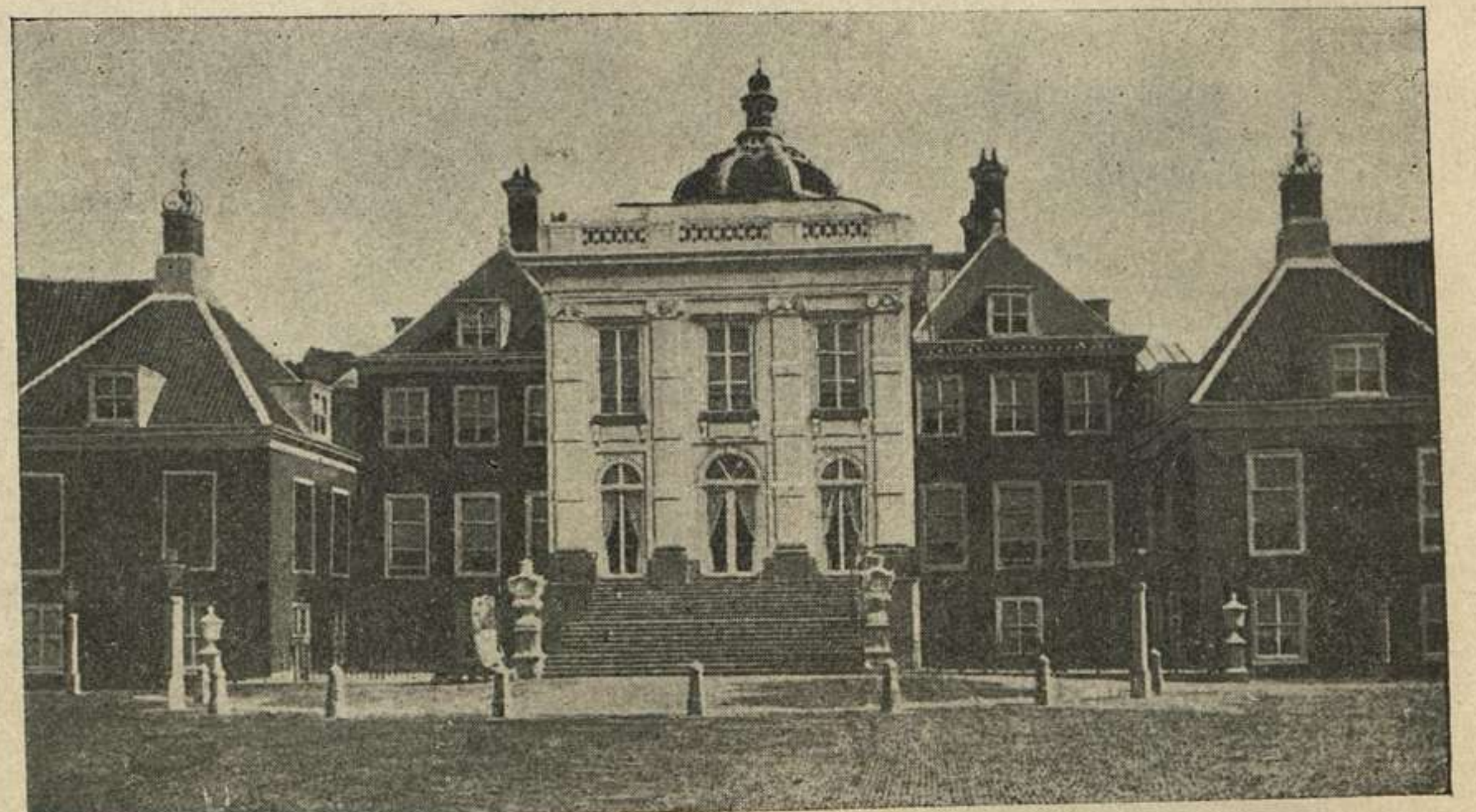
Esta casa, cuyo nombre antójasenos título de novela inglesa, está situada en un bosque al norte de La Haya

La reina Guillermina la ha ofrecido á las potencias para que en ella celebre sus sesiones la Conferencia tan impropriamente llamada de la Paz.

En efecto al convocarse esta reunión de representantes de los Estados soberanos no se ha hablado de paz ni de desarme, sino de poner un límite al sacrificio que hacen los pueblos para aumentar de día en día los armamentos y los efectivos militares y navales.

Los hombres que son ó se llaman prácticos se rien de esta conferencia; pero no podrían negar que á la corta ó á la larga la influencia moral de lo que allí se diga, será un factor favorable á la concordia internacional, dado que los representantes de las potencias no lleguen á un acuerdo que realice plenamente las ideas propuestas por Nicolás II.

La «Villa del Bosque» fué construida el siglo XVII por una princesa de Orange en memoria de su esposo muerto. Hay en ella un monumento que tiene una inscripción, la cual en cierto modo puede aplicarse á la próxima conferencia. Dice así: «Que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.»



«LA CASA DEL BOSQUE,» DONDE SE CELEBRARA LA CONFERENCIA DE LA PAZ CONVOCADA POR EL CZAR.

Un obsequio al Sr. General Díaz.

El Sr. C. M. Sandoval, en representación de la casa manufacturera de Rochester, Nueva York, *The Woodbury Whip Co.*, ha puesto en manos de nuestro Primer Magistrado, en calidad de obsequio, un primoroso fueite de preciosa confección artística.

Está hecho de barba de ballena y mide poco menos de un metro. Lleva un casquillo de oro y en él grabada la fecha: «2 de Abril de 1867.»

El mango es de nácar, con guarnición de plata, y en el pomo se ve realizada una alegoría que representa á San Jorge matando la hidra de la discordia.

En la parte superior, ostenta un magnífico monograma.

El fueite descrito está encerrado dentro de un lujoso estuche, forrado de raso blanco en bullones y lleva esta marca impresa: «Fabricado especialmente para el Sr. General D. Porfirio Díaz.»

INVENTOS NACIONALES.

Nuevo sistema de ferrocarriles electricos.

Los señores ingenieros Armando Santacruz y Alberto H. Olivier, Roberto Hebbe y Manuel Velázquez pidieron patente para un nuevo sistema de ferrocarriles eléctricos.

Como puede verse en las figuras 1 y 2 consta esencialmente de unas cajas de fundición enterradas bajo la vía, y que encierran: una palanca D, un resorte sin tensión E, un doble electro-imán F, un fusible, y los contactos y alambres para las conexiones. Correspondiendo verticalmente con estas cajas, hay una serie de botones ó contactos metálicos G, que están situados en el eje de la vía, sobresaliendo solamente algunos centímetros del nivel de la calzada.

Al lado de estos contactos y comprendidos también entre los rieles, hay otros contactos ó botones que sobresalen lo mismo que los principales.

Tanto unos como otros contactos, están conectando convenientemente con el electro-imán y la palanca de cada caja, que á su vez lo está con el cable subterráneo A, que corre paralelamente á la línea, debajo de la calzada. Este cable parte del dinamo y conduce la corriente cuyo regreso se verifica por los rieles.

En el carro y colocado por la parte inferior, según el eje longitudinal, hay un cepillo N, formado de una serie de láminas metálicas, y destinado á rozar sobre los contactos G, colocados en el eje de la vía.

Paralelamente á este cepillo que corre á lo largo del wagon, y colocado de manera que encuentre á uno de los contactos H al mismo tiempo que el cepillo grande toca á uno de los principales G, hay un

cepillo pequeño O, que comunica con una resistencia K.

Hay también un tercer cepillo P, pequeño como el segundo y colocado en la prolongación del cepillo principal; de tal manera, que toque á uno de los botones G, un momento después de haberlo abandonado, el cepillo N. Este tercer cepillo comunica con una campana eléctrica R colocada en el mismo carro.

El sistema funciona de la manera siguiente: Para imprimir el movimiento inicial, se hace pasar una pequeña corriente á una de las cajas, ya sea por medio de una batería colocada en el carro, ó bien oprimiendo un resorte que habrá en cada estación terminal y que pondrá el carro en comunicación con la línea principal, haciendo se electrice el electro-ímán F y atraiga la palanca D.

Iniciado así el movimiento, se prosigue del modo siguiente, Siendo la distancia entre dos botones consecutivos de seis á siete metros, menor por consiguiente que la longitud mínima del cepillo N., este último, ántes de abandonar uno de los botones, habrá encontrado forzosamente al botón siguiente, al mismo tiempo que el cepillo O. encuentra al contacto H.

repararse el desperfecto, evitándose así por completo los accidentes.

Para mayor seguridad, al mismo tiempo que suena la campana, la corriente hace fundir un fusible que está colocado en la caja, con lo cual se interrumpe la comunicación.

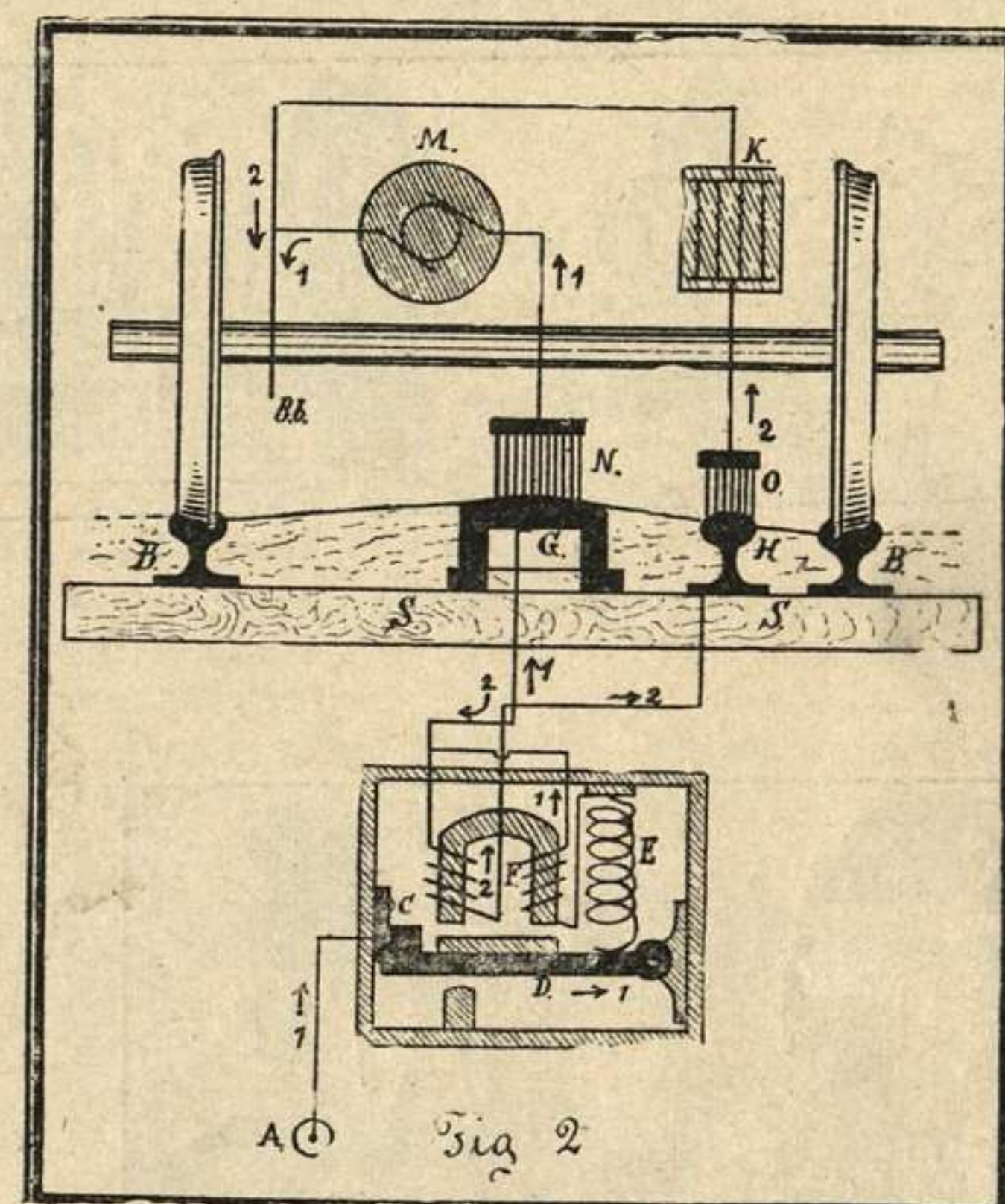
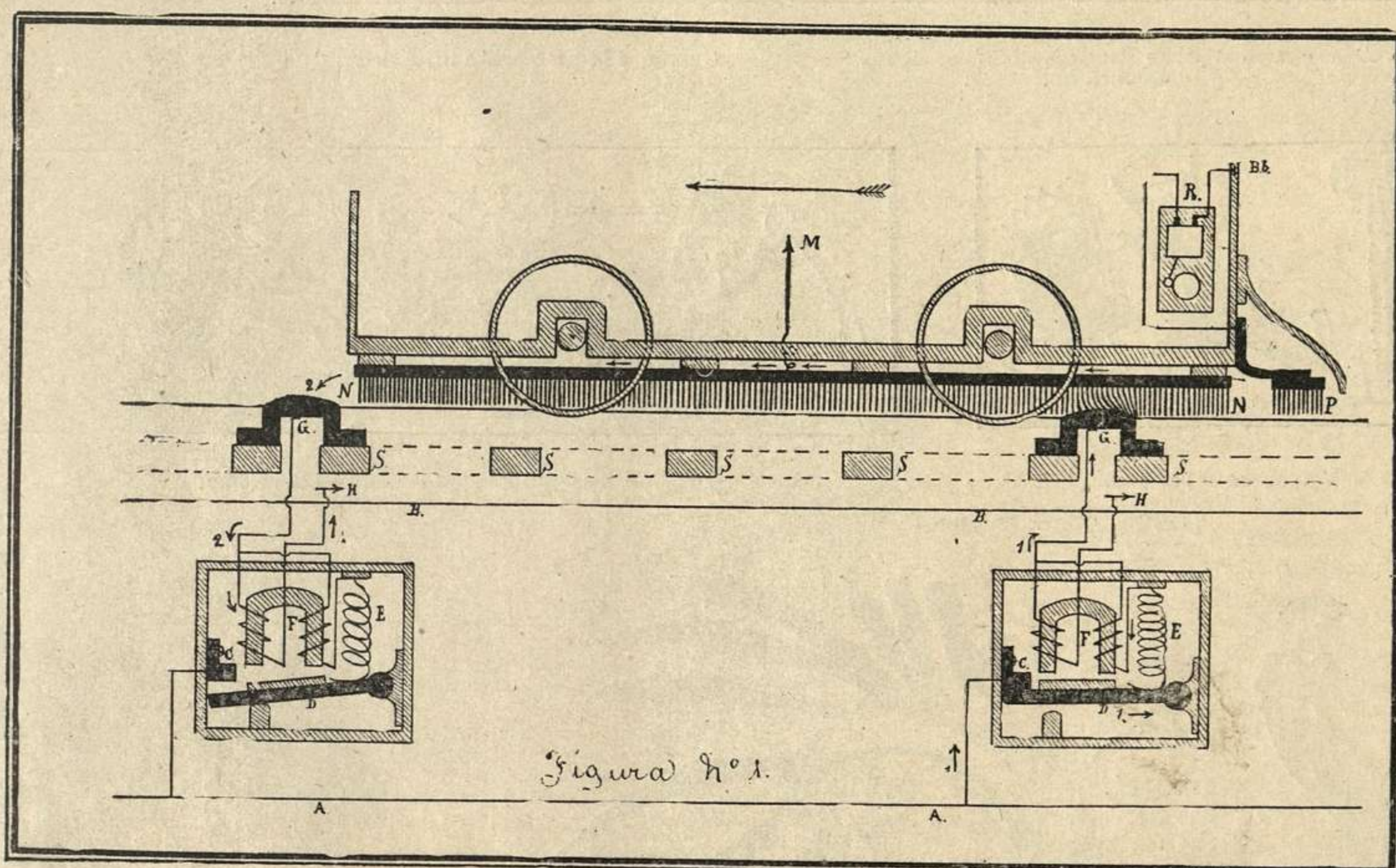
Los dos cepillos O y P, son susceptibles de levantarse, colocando otros simétricos cuando se invierte el sentido de la marcha, y estos á su vez se levantarán, haciendo descender los dos primeros, en caso de nueva inversión en el sentido del movimiento.

El electro-ímán está construido de tal manera, que cualquiera que sea el sentido de la corriente, los polos permanecen constantes y por ninguna causa pueden alternarse.

Como se ve por la anterior descripción, el sistema es bien sencillo, su explotación fácil y económica, y no presenta peligro alguno, pues aún cuando un transeunte se colocara sobre los rieles en el momento de cerrarse el circuito por el cepillo del carro, teniendo la corriente tendencia á irse siempre por el camino más fácil, es decir, por donde encuentre menor resistencia, seguirá por el riel sin causar daño alguno al público.

fensiva, surgirán muy pronto gravísimos trastornos en esta parte del mundo. Los ensanches territoriales de Rusia y el desamparo de China, por una parte, y por otra la rapacidad francesa y su altivez y el desprecio con que pasa esa nación por sobre los monarcas orientales, borrando fronteras que debía respetar, todos esos son elementos de perturbación, incompatibles con la política de la puerta abierta y con las francas aspiraciones japonesas y anglo-sajonas.

Quisiéramos poder invitar á Alemania para que forme parte de nuestra liga, pero no tenemos confianza en esa potencia después del episodio de Kiao-Chau y de las maniobras sospechosas de la flota alemana en las aguas filipinas. Además no estamos por «el Evangelio de la sagrada persona del Kaiser.» Pero si formase parte de nuestra liga que venga en buena hora como factor poderoso para el sostenimiento de las relaciones internacionales y el progreso del Oriente; pero en ese caso debe venir á nosotros la Alemania prosaica, laboriosa y sobria, no la nerviosa é inconstante que nada tiene de alemán sino el nombre.



INVENTO NACIONAL.—NUEVO SISTEMA DE FERROCARRILES ELECTRICOS.

Una pequeña cantidad de electricidad pasa por el cepillo N al electro-ímán F, electrizándolo, haciendo que atraiga la palanca B y regresando por el contacto H y el cepillo O atraviesa la resistencia y va á los rieles por los ejes de las ruedas.

Al levantarse la palanca, pone al contacto C en comunicación con el cable; la corriente del dinamo atraviesa entonces el electro-ímán por intermedio del resorte sin tensión unido á la palanca; recorre el electro-ímán sin alternar sus polos, pasando enseguida al contacto G y por intermedio del cepillo N, al motor, según lo indican las flechas marcadas respectivamente con índice.

Desde el momento en que el cepillo N abandona el último contacto G que corresponde, se interrumpe la corriente, y por lo mismo, cae la palanca y aísla por completo la línea, sin que pueda formarse arco ó chispa alguna entre la palanca y dicha línea.

Si por alguna causa anormal, la palanca permaneciera en contacto con la línea, la corriente seguiría pasando, y como el cepillo P. toca al contacto que va á abandonarse, un momento después que lo ha dejado el cepillo N, la corriente pasa por intermedio de dicho cepillo al timbre de alarma, cuyo sonido indica inmediatamente y de una manera segura y constante que hay algún trastorno en la línea ó algún escape de electricidad; con lo cual podrá desde luego

LA DISOLUCION DEL IMPERIO CHINO. Desde el punto de vista japonés.

«El Oriente,» revista japonesa escrita en inglés, se ocupa en tratar extensamente las cuestiones relacionadas con la reciente excursión de Lord Charles Beresford al Imperio Chino.

Refiriéndose á la alianza anglo-japonesa-americana, dice lo siguiente, que traducimos textualmente para los lectores de este semanario:

«Con el mayor interés hemos seguido los pasos de Lord Charles Beresford en su visita á China. En sus discursos impresos, que hemos leído, no encontramos sentimientos vituperables ni conclusiones injustas; nos llena de satisfacción que haya confesado paladinamente su opinión favorable á las cualidades de nuestros vecinos del celeste Imperio, y por nuestra parte, estamos dispuestos á tomar parte en cualquier alianza que tenga por objeto su desarrollo y su integridad nacional.»

«Pero los tiempos son amenazadores y se necesita algo más que un convenio tácito para conservar intactos nuestros intereses nacionales. Una alianza anglo-americana-japonesa, podría en nuestro concepto mantener fácilmente el equilibrio político en el Extremo Oriente, y creemos que sin esa alianza de-

La prima de nuestro Semanario.

Como lo ofrecimos desde principios del año actual, ya hemos repartido á nuestros abonados las novelas que corresponden á los meses de Enero, Febrero y Marzo último, y son: AGUAS PRIMAVERALES, DIAS SOMBRIOS y TIERRA PROMETIDA. En el curso de la semana próxima se repartirá la prima de este mes, EL ALMA DE PEDRO, y de Mayo en adelante seguirán repartiéndose las demás, con toda regularidad.

La novela que corresponde á la prima del mes entrante es «Humo» de Turgueneff, autor que tanto agradó á nuestros abonados, que muchos de ellos nos pidieron otra obra del mismo, lo que hicimos escogiendo esta que es una de las mejores del eximio escritor ruso.



FOUET OBSEQUIADO AL SR. GRAL. DON PORFIRIO DIAZ POR LA CASA WOODBURY WHIP DE ROCHESTER, NUEVA YORK.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO.



A la una Mataafa sube al trono.

Y reina bajo la protección alemana hasta las dos.

A las dos y media se instala Tamasese.



Lo protegen los yankees hasta las tres.

A las cuatro el joven Tanus Malietao se sienta en el trono,

Gracias á la protección británica.



A las siete vuelve el Alemán

Y aparece el yankee.



Y á las ocho los seis se rompen la crisma.

[Lustige Blätter, Munich.]



EL PSEUDO-NAPOLÉON.

CASSAGNAC [á la República]: "¿Puedo presentáros á Napoleón IV?"
LA REPUBLICA: "No, muchas gracias. Con Napoleón III tuve bastante."

[Lustige Blätter, Berlin.]



McKINLEY.—Bien. Ya lo tengo en la mano.

[Kladderatsch, Berlin.]



TIO SAMUEL: ¿Cómo podré enseñarle á este las prácticas republicanas?



EL NUEVO PRESIDENTE.
—Tengo mucha inquietud por lo que puede suceder. [El barómetro marca tempestad.]
(Moonshine, Londres.)



EN LA CONFERENCIA DE LA PAZ.

Cuando un oso habla de paz, no olvidéis que es el oso quien habla.



EL NUEVO POSTILLÓN.
MADAME FRANCIA [nerviosa]: ¿Postillón Loubet, está usted seguro de que conoce el camino?
[Punch, Londres.]



M. Loubet.

(Le Rire, Paris.)



UN CARACTER.

—Por aquí, señor, por aquí. La Srita. Lidia no está bien.

Renzo Frioli se puso pálido y se detuvo en el dintel del salón.—Oh! nada grave! añadió la vieja criada. El señor lo sabe bien, la señorita es muy impresionable. La visita del señor le hará bien.

—¿Volvió ahora el señor?

—A las cinco y media.

La criada, con una luz en la mano, le precedió en el corredor que conducía á la recámara de Lidia y Renzo la siguió, pasándose y repasándose la mano por la frente que perlaba un sudor helado, lleno de espanto ante la aproximación de lo que iba á acontecer.

¿Había hablado Lidia? Cómo lo recibiría delante de sus padres? ¿Qué podría él decir para excusarse en presencia de ellos, para explicar el hecho?

No tuvo tiempo de encontrar una respuesta á estas preguntas que se revolvían en su espíritu. La vieja criada había llamado suavemente á una puerta y habiéndola abierto, habíase pegado al muro para dejar pasar al novio de la señorita, como ella le llamaba hacía seis meses.

En la recámara semi-obscura, Renzo distinguió inmediatamente á la Sra. Franzeri á la cabecera de su hija y al Sr. Franzeri arellanado en un sillón á la derecha de la puerta. Bajo las blancas ropas del lecho se advertía apenas el frágil cuerpo de Lidia. Su pálido rostro, con los ojos cerrados y los labios lívidos, no se distinguía de la almohada, sino merced á la negra cabellera desatada que lo rodeaba.

Renzo no osó avanzar.—¿Reposa? preguntó en voz baja al Sr. Franzeri.

—No lo creo; verdad Aurelia?

La Sra. Aurelia tendió la mano á Renzo y le atrajo hacia el lecho.

—¡Lidia! ¡Lidia!—dijo—mira quién está aquí.

Lidia abrió los ojos, ensayó una sonrisa.—Ha hecho usted un buen viaje, Renzo?

—¿Cómo está usted?

—Bien.... Un poco de calentura.... No muere uno de eso!

Renzo experimentó un estremecimiento ante la amargura; con que habían sido pronunciadas aquellas últimas palabras, sólo él podía comprender su sentido oculto.

—Y ¿cuántos días lleva así? preguntó él á la madre.

—Tres días. Yo ya se lo había hecho notar á Franzeri—así llamaba ella á su marido.

—Yo le había dicho: “Tu hija tiene algo.” Veamos, ¿cuándo te dije eso?... ¿El domingo ó el lunes?

—El lunes, afirmó M. Franzeri.

—Sí, el lunes en la mañana.... “¿Qué puede tener?” me respondió él. Su novio está lejos.... Eso es todo.... ¡Las muchachas así son!”

—¡Mamá! interrumpió Lidia con una voz que no era más que un soplo.

La Sra. Franzeri, levantándose con rapidez, se inclinó sobre la enferma que murmuró:

—¡Cállate, te lo suplico! No puedo oír hablar.—Perdóname.

Y volvió á cerrar los ojos. Renzo se sentó en una silla frente de la Sra. Franzeri. La luz incierta que difundía la lámpara recubierta por una pantalla de seda blanca, el silencio, interrumpido solamente por los ligeros accesos de tos del Sr. Franzeri y aquel lecho blanco en que la enferma con sus ojos cerrados y sus labios descoloridos, parecía, á punto de exhalar el último suspiro, producía en el alma de Renzo impresiones de tal suerte opresivas que se sofocaba.

Acordábase, como de un sueño lejano, de las primeras semanas de su noviazgo. Lidia había cogido un resfriado, había debido ponerse en cama, y en aquella misma recamarita, sentado en el mismo lugar en que estaba la señora Franzeri, había pasado horas y días deliciosos, entregándose á una alegre charla que las risas de Lidia excitaban aun más. Lidia le había recordado frecuentemente, esos días, esas veladas de invierno mientras el viento aullaba fuera y la lluvia venía á azotar los vidrios, en la camarita resonaban sus alegres pláticas, y ella, acurrucada bajo las gruesas ropas, bendecía casi aquel resfriado que le permitía permanecer así, calentita en aquel pícaro tiempo frío.... ¡Era tan friolenta! Y reí.

Renzo tenía ante los ojos los hermosos labios rosas de entonces, los ojos tan vivos que le decían tantas y tan tiernas cosas; aquellos labios ahora descoloridos y mudos, aquellos ojos ahora cerrados y casi extinguidos!.... Y aquel delgado y frágil cuerpecito, antes siempre en movimiento, agitado siempre por los grandes estallidos de risa, y ahora extendido, inmóvil, como el de una muerta.

Y le parecía que ese cambio se había operado de un día á otro. Aquella serena felicidad de las primeras semanas había durado, siempre igual, hasta la semana última.... No, antes de eso había habido una ligera nube, una sombra pasajera entre ellos.... Lidia había sabido algo acerca de las relaciones de Renzo con una cierta señora Candián, viuda de un doctor veneciano.... Renzo no había podido negarlo;

la cosa era demasiado conocida.... Pero había jurado á Lidia que desde hacía algún tiempo ya no se veían y que esa persona estaba á punto de casarse con un alto empleado del ministerio.

Lidia se había tranquilizado. Mas ahora Renzo tenía remordimientos de haber mentado á aquella dulce criatura que de tal suerte le amaba. Y no porque entre él y la Candián durase aun la pasión que los había arrojado al uno en los brazos del otro con un ímpetu casi salvaje.

Desde hacía tres años habían hecho ellos algunas reflexiones: ella había pensado en su situación en el mundo, él había comprendido que su amante tenía cuatro ó cinco años más que él. Ni el uno ni el otro habían hecho jamás alusión á eso; pero sus relaciones no vivían ya de amor; sobrevivían al amor. Era él, Renzo, quien más desprendido de ella estaba; pero, por debilidad de carácter, por delicadeza también, quizá no quería darlo á entender. ¡Ahora bien, en tanto que en él de esta suerte se amenguaba la pasión, en ella se había encendido de nuevo de una manera inesperada en aquellos últimos meses. Renzo, con el corazón ya lleno de su nuevo amor por Lidia, á quien hacía una corte asidua desde hacía algún tiempo (aunque sin declararse, á fin de conocer bien su terreno y de tener la certidumbre de ser querido) no sabía que hacer.

—Oh! Dios mío, Dios mío! Se estremecía pensando en Lidia.

Cómo pudo acontecer lo que aconteció? Qué venda tenía en los ojos en aquel momento?... Había devuelto á Lidia algunas de sus cartas, que ella quería leer.... Había nacido una discusión entre ellos. Lidia decía que le había escrito tal cosa; él afirmaba que no.... Cómo resolver la cuestión? Confrontando las cartas. El las puso en un sobre—eran cinco ó seis—y las llevó él mismo al correo, un sábado en la noche. Lidia las reería y encontraría el fragmento discutido.

—Dios mío, Dios mío! No fué pues una pesadilla... Entre las cartas devueltas había él tenido la increíble distracción de poner una de su amante, la última, la más reciente, toda llena de ardor, de besos... y de celos también, porque la noticia del noviazgo había llegado finalmente.... Renzo se había puesto furioso, había negado echándole la culpa ó fingiendo echársela á esa sociedad habladora en la cual no había ya manera de vivir tranquilo.... Precisamente, precisamente en esa carta la Candián le decía: «Te creo.»

Y Renzo se volvía á ver en su recámara, muy contento al desgarrar el sobre de una carta de Lidia,... y tornaba á verse tendido en el canapé, como fulminado al ver caer á sus pies la terrible carta de la Candián antes que hubiese acabado de leerla otra... Y asombrado de encontrarse ahora en aquella alcoba con el señor y la señora de Franzeri, frente de Lidia, abrumada de pena, presa de la fiebre, herida acaso de muerte por su culpa, veía de nuevo aparecer ante sus ojos la funesta hoja leída y releída después quién sabe cuántas veces y que le parecía aún leer:

«Señor, esta carta no es mía y se la devuelvo. Qué cruel ha sido usted! Lo ha hecho usted expresamente ó por equivocación?»

Expresamente!... Dios mío!... Expresamente!... Protestaba de nuevo. Y, continuando su lectura imaginaria: «En uno ó en otro caso ha cometido usted una infamia sin nombre! Qué mal le he hecho yo á

usted? ¡Yo le amaba!... Es inútil decirle que todo ha acabado entre nosotros. Ya no tengo la fuerza necesaria para acabar esta carta. Cuando nos volvamos á ver le diré el resto de viva voz... No ensaye usted excusarse, será inútil. Tranquilícese usted sin embargo. Nadie sabrá jamás nada.»

Y él se había excusado y había en vano esperado una respuesta. Después se había escapado, había partido para Florencia, bajo el pretexto de un negocio que tenía que arreglar con su tío, pero en realidad para reconocerse, para adquirir fuerzas, á fin de ser dueño de sí mismo y poder afrontar la escena dolorosa de esta explicación que debía decidir de su porvenir.

Y helo de vuelta, esperando su sentencia, con el alma desgarrada por la vista de aquella enferma. Ah! no enferma, asesinada la pobre criatura! Y el asesino era él!

—Franzeri, te estás cayendo de sueño, dijo Doña Aurelia á su marido.

—No, esta luz me fatiga los ojos y por eso los tengo cerrados.

—Qué cuentos! Pues qué le tienes cumplimiento á Renzo? Vete á dormir.

—Buena noche, entonces, dijo el señor Franzeri resignándose fácilmente á irse á acostar. No la despiertes, recomendó á su mujer indicándole á la enferma.

Y se fué dando traspiés.

Renzo hizo un movimiento, Lidia abrió los ojos y los volvió á cerrar inmediatamente. Entonces no dormía, así pues, no los tenía cerrados por debilidad sino para no verle!

Tenía razón la pobre criatura; y ya se levantaba para despedirse cuando la señora Franzeri le preguntó: Y bien, ese asunto con su tío de usted marcha bien?

—Muy mal, al contrario. La conclusión depende, añadió él con una súbita inspiración, de la voluntad de una persona que está indignada de un acto inexcusable sin duda, pero comprensible por parte de mi tío, hombre débil é irresoluto. Le han sido dadas á esa persona que es seria y muy razonable, las más amplias explicaciones, y se le darán otras. Esperamos que ella no se obstinará en su falso juicio. Mi pobre tío se volvería loco.

—Se trata de una cosa grave?

—Muy grave por las consecuencias que puede tener, pero no por sí misma.

—Pobre de su tío de usted! En que estado estará!

—No puede consolarse.

A medida que respondía, Renzo miraba á Lidia frecuentemente, esperando que ella le mostrase por un signo cualquiera que había comprendido que aquello se refería á su negocio: pero había permanecido inmóvil, con los ojos cerrados. Llamaron á la puerta. La criada iba á anunciar la visita de una amiga de Lidia. Podía pasar?

—Lidia reposa; no quiero despertarla, dijo la señora Franzeri. Voy á ir yo á recibir á su amiga un instante. Si hay necesidad de algo ven á buscarme, añadió, volviéndose hacia la criada é indicándole por medio de un signo que se quedase cerca de la enferma.

La vieja apoyada en la puerta esperó un momento en silencio. Después preguntó: Qué, todavía tiene calentura?

—No, respondió Renzo, si tiene usted que hacer, aquí estoy yo.

—Bueno, entonces, puesto que el señor quiere, voy á acabar mi cena. Después de todo, el señor... No concluyó la frase pero era fácil de completarla. El futuro de la señorita podía velarla mejor que nadie.

—Lidia! mi Lidia!... Apenas se había cerrado la puerta cuando Renzo se puso en pié é inclinado sobre la joven la llamaba y posaba una mano sobre su frente. Pero ella abrió los ojos y sacando un brazo de debajo de las ropas previno el movimiento.

—No me toque usted!... no venga ya! Su vista me es odiosa! Debía usted comprenderlo... Ah! qué infamia!... Pero yo le he perdonado á usted, Renzo! Es usted un hombre como todos los otros... y yo le creía diferente! Por piedad para mis padres que le estiman y aman más de lo que merece... yo no diré jamás una palabra de lo que ha pasado. Usted es quien debe encontrar un pretexto para la ruptura.

—Lidia! mi Lidia! interrumpió Renzo balbuceando.

—No manifestaré pena alguna para no apenarlos.

—Lidia! eso no es posible!... eso es absurdo.

—Encuentre usted un pretexto y pronto! No me haga usted morir de angustia prolongando más esta tortura. Yo le he perdonado... Le doy una gran prueba de ello... Yo le estaré aún reconocida, porque usted sólo me hizo conocer el amor. No insista! Es inútil! Yo ya no soy su Lidia... no seré de nadie. Déjeme morir tranquila... Y aun cuando no me muera, váyase!... No se deje ver aquí... Adios! Adios! mi madre vuelve. Siéntese, cúbrase el rostro!

Y en tanto que se aproximaban, arrastrándose, los pasos de la señora Franzeri. Renzo volvió á caer sobre su silla, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Había comprendido en el tono de la voz y en las miradas de Lidia, que la terrible sentencia era irrevocable, ay!

—Usted también tiene sueño, Renzo! dijo la señora Franzeri viéndole en esa posición.

—Me fatiga viajar de noche. No puedo dormir en el tren.

—Lidia!

La señora Franzeri sacudió ligeramente á su hija. —Renzo se va, está fatigado. Lidia le miró fijamente con ojos suplicantes:

—Adios! le dijo forzando sus labios á sonreír.

—Buena noche, repose usted bien, dijo él.

La señora Franzeri quiso acompañarle hasta la antesala.

—No será nada, le dijo. No esté usted tan inquieto!

Qué descompuesto tiene usted el rostro, Dios mío! Lidia y usted hacen un par que ni mandado hacer, por lo impresionables! El doctor vendrá mañana á las diez. Lo que son los jóvenes de ahora. Una indisposición cualquiera los asusta.

Renzo no podía hablar. Sentía la lengua pegada al paladar. Apretó la mano de la señora Franzeri que todavía desde la antesala quiso acompañarle hasta la puerta de entrada tratando de reconfortarle y gruñendo, con su aspecto de entierro:

—Lo que son los jóvenes de ahora!

El bajó la escalera lentamente, volviendo la cabeza para ver aquella puerta que se cerraba detrás de él por la última vez, para siempre! No podía hacerse ilusiones. Sabía de qué temple de acero era el carácter de Lidia. Ensayar que cediese era obra vana! Y su corazón se hacía pedazos!

Y su razón vacilaba...

Todo había acabado pues! Por una distracción! Y un ímpetu de ira furiosa contra la funesta Candián le hizo apretar nerviosamente los puños... Y un desprecio de sí mismo, desu cobardía frente á esa mujer y de la miseria de las pasiones humanas, le subía desde las profundidades del alma como una náusea!...

El cielo estaba sereno, purísimo. Un espléndido claro de luna alumbraba las calles y las plazas casi desiertas y la apacible solemnidad de aquella noche de Julio le parecía un insulto á su bien merecida, pero inmensa desventura!

LUIGI CAPUANA.

(Traducido para "El Mundo")



Soy un hombre intranquilo, nervioso, muy nervioso; pero no estoy loco como dicen los médicos que me han reconocido. He analizado todo, he profundizado todo, y vivo tranquilo. ¿Por qué? No lo he sabido todavía.

Desde hace tiempo duermo mucho, con un sueño sin ensueños; al menos cuando despierto no recuerdo si he soñado; pero debo soñar: no comprendo por qué se me figura que debo soñar. A no ser que esté soñando ahora cuando hablo; pero duermo mucho; una prueba clara de que no estoy loco.

La médula mía está vibrando siempre, y los ojos de mi espíritu no hacen más que contemplar una cosa desconocida, una cosa gris que se agita con ritmo

al compás de las pulsaciones de las arterias en mi cerebro.

Pero mi cerebro no piensa, y sin embargo está en tensión; podría pensar; pero no piensa... Ah, ¿os sonreís, dudáis de mi palabra? Pues bien, sí. Lo habéis adivinado. Hay un espíritu que vibra dentro de mi alma. Os lo contaré:

Es hermosa la infancia, ¿verdad? Para mí el tiempo más horroroso de la vida. Yo tenía cuando era niño un amigo; se llamaba Román Hudson; su padre era inglés y su madre era española.

Le conocí en el Instituto. Era un buen chico; si, seguramente era un buen chico; muy amable, muy bueno; yo era huraño y brusco.

A pesar de estas diferencias, llegamos á hacer amistades, y andábamos siempre juntos. El era un buen estudiante, y yo díscolo y desaplicado; pero como Román siempre fué un buen muchacho, no tuvo inconveniente en llevarme á su casa y enseñarme sus colecciones de sellos.

La casa de Román era muy grande y estaba junto

á la plaza de las Barcas, en una callejuela estrecha, cerca de una casa en donde se cometió un crimen del cual se habló mucho en Valencia. No he dicho que pasé mi niñez en Valencia. La casa era triste, muy triste, todo lo triste que puede ser una casa, y tenía en la parte de atrás un huerto muy grande, con las paredes llenas de enredaderas de campanillas blancas y moradas.

Mi amigo y yo jugábamos en el jardín, en el jardín de las enredaderas, y en un terrado ancho con losas que tenía sobre la cerca enormes tiestos con pitas y plantas de higos chumbos.

Un día se nos ocurrió á los dos hacer una expedición por los tejados, y acercarnos á la casa del crimen, que nos atraía por su misterio. Cuando volvimos á la azotea, una muchacha nos dijo que la madre de Román nos llamaba.

Bajamos del terrado, y nos hicieron entrar en una sala grande y triste. Junto á un balcón, estaban sentadas la madre y la hermana de mi amigo. La madre leía; la hija bordaba. No sé por qué me dieron miedo.

La madre, con voz severa, nos sermoneó por la correría nuestra, y luego comenzó á hacerme un sinnúmero de preguntas acerca de mi familia y de mis estudios. Mientras hablaba la madre, la hija sonreía; pero de una manera tan rara, tan rara... Hay que estudiar—dijo á modo de conclusión la madre.

Salimos del cuarto, me marché á casa, y toda la tarde y toda la noche no hice más que pensar en las dos mujeres.

Desde aquel día esquivé como pude el ir á casa de Román. Un día ví á su madre y á su hermana que salían de una iglesia, las dos enlutadas, y sentí frío al verlas.

Cuando concluimos el curso, ya no veía á Román; estaba tranquilo; pero un día me avisaron de su casa, diciéndome que mi amigo estaba enfermo. Fui y le encontré en la cama, llorando, llorando, y en voz baja me dijo que odiaba á su hermana. Sin embargo, la hermana, que se llamaba Angeles, le cuidaba con esmero y le atendía con cariño; pero tenía una sonrisa tan rara...

Una vez, al agarrar de un brazo á Román, hizo una mueca de dolor. ¿Qué tienes?—le pregunté,— y me enseñó un cardenal inmenso, que rodeaba su brazo como un anillo. Luego en voz baja murmuró: —Ha sido mi hermana.

—¡Ah! Ella....
—No sabes la fuerza que tiene; rompe un cristal con los dedos, y hay una cosa todavía peor: que mueve un objeto cualquiera de un lado á otro sin tocarlo.

Días después me contó, temblando de terror, que á las doce de la noche hacía ya cerca de una semana que sonaba la campanilla de la escalera, se abría la puerta y no se veía á nadie.

Román y yo hicimos un gran número de pruebas. Nos apostábamos junto á la puerta.... llamaban.... abríamos.... nadie. Dejábamos la puerta entreabierta para poder abrir en seguida.... llamaban.... nadie.

Por fin quitamos el llamador á la campanilla, y la campanilla sonó, sonó.... y los dos nos miramos estremecidos de terror.

—Es mi hermana, mi hermana—dijo Román, —y convencidos de esto buscamos los dos amuletos por dos partes, y pusimos en su cuarto una herradura, un pentágono, y varias inscripciones triangulares con la palabra mágica Abrakadabra.

Inútil, todo inútil; las cosas saltaban de su sitio, y en las paredes se dibujaban sombras sin contornos y sin rostro.

Román languidecía, y para distraerle, su madre le compró una hermosa máquina fotográfica. Todos los días íbamos á pasear juntos, y llevábamos la máquina en nuestras expediciones.

Un día se le ocurrió á la madre que los retratara yo á los tres en grupo, para mandar el retrato á sus parientes de Inglaterra. Román y yo colocamos un toldo de lona en la azotea, y bajo él se puso la madre con sus dos hijos.



Enfoqué, y por si acaso me salía mal, impresione dos placas. En seguida Román y yo fuimos á revelarlas. Habían salido bien; pero sobre la cabeza de la hermana de mi amigo se veía una mancha oscura.

Dejamos á secar las placas, y al día siguiente las pusimos en la prensa, al sol, para sacar las positivas.

Angeles, la hermana de Román, vino con nosotros á la azotea. Al mirar la primera prueba, Román y yo nos contemplamos sin decirnos una palabra. Sobre la cabeza de Angeles se veía una sombra blanca de mujer de facciones parecidas á las suyas. En la segunda prueba veíase la misma sombra; pero en distinta actitud, inclinándose sobre Angeles, como hablándole al oído.

Nuestro terror fué tan grande, que el amigo y yo nos quedamos mudos, paralizados. Angeles miró las fotografías y sonrió, sonrió. Esto era lo grave.

Yo salí de la azotea y bajé las escaleras tropezando, cayéndome, y al llegar á la calle eché á correr perseguido por el recuerdo de su sonrisa. Al entrar en casa, al pasar junto á un espejo, la ví en el fondo de la luna, sonriendo, sonriendo siempre.....

¿Quién ha dicho que estoy loco? ¡Miente!; porque los locos no duermen, y yo duermo.... ¡Ah! ¿Crefais que yo no sabía eso? Los locos no duermen, y yo duermo. Desde que nací, todavía no he despertado.

PIO BAROJA.



Esta frase de Elisée Reclus: «La ciudad de los libros,» despierta en mí este pensar: «las casas de las ideas.»

En efecto; si la palabra es un ser viviente, es á causa del espíritu que la anima: la idea.

Así, pues, las ideas, con sus carnes de palabras, vivientes, activas, se congregan, hacen sus ciudades, tienen sus casas. La ciudad es la biblioteca, la casa es el libro.

Helas allí como los humanos seres; hay ideas reales, augustas, medianas, bajas, viles, abyectas, miserables. Visten también realmente, medianamente, miserablemente. Tienen corona de oro, tiara, yelmo, manto ó harapos. Imperiosas ó humilladas, se alzan ó caen, cantan ó lloran. Evocadas por el hombre, dejan sus habitáculos, abandonan sus alveolos, resuenan en el aire, ó silenciosas penetran en las almas por los ojos. Luego vuelven á sus casas, después de hacer el bien ó el mal.

**

Teneis aquí una vieja catedral: es un misal antiguo. Muestra sus ferradas y pesadas puertas; sus muros, sus esculturas, sus vidrios coloreados, sus rotondas, sus flechas, sus agujas, sus campanarios. En los nichos de las mayúsculas viven los santos, las vírgenes, los mártires. A su rededor clama un pueblo de ideas santas, canta como á són de órgano, ó al vago vibrar de tiorbas celestes. Las ideas angélicas encarnadas en palabras castas y blancas dicen en coro rezos, himnos, glorias, *hosannas*. Las martirizadas pasan purpúreas, cerca de los azules y oros que pulieron los monjes. Unas llevan ramos de lirios en las manos, otras clavos, coronas de espinas ó palmas. ¡Palmas! Cuando el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo llena las vastas naves, el pueblo de ideas fieles se congrega. Es el ambiente de los profetas, el mundo de los doctores, la atmósfera de los beatos. Un incienso de fé perfuma el aire. Los altares, bellos de oro y de cirios, presentan la magnificencia mística de sus arquitecturas. Por las cornisas, por los tallados de las puertas, por los calados de las piedras, piruetean los demonios bufos con los frailes obscenos; un macho cabrío que termina en largo y crespo follaje vegetal, quie-

re ascender hasta la soberbia expansión de los maravillosos é historiados rosetones.

Esa vieja historia es un castillo feudal. Oís el cuerno del enano, entráis por el puente levadizo. Encontraréis dentro al castellano, á la castellana, á los pajes, á las dueñas. Las ideas están vestidas á la usanza de entonces; todo es de hierro, lorigas, caparazones; en los cintos las espadas, en los blancos cuellos las golas; en los puños gerifaltes. Y suena el rumor de las mesnadas de ideas. Ellas claman, vitorean, dicen decires, cantan cantos; tienen sus fiestas, sus cacerías; pelean bravas, juran y se signan, saben de respeto y de honor, de Dios y de los caballeros; de noche, al calor del buen hogar, cuentan cuentos.

En esa *Iliada* pasa, truenan, un mundo de ideas gigantescas; viven en palabras desmesuradas, altas, vibrantes, sonoras, primitivas, divinas. Hay ideas que pasan desnudas como Venus; otras que ululan como Hécula; otras heroicas y veloces como Aquiles. En esa portentosa ciudad griega por donde quiera os halaga la maravilla del ritmo, reina la música en su sentido original; al mandato de una lógica imperiosa, todo se mueve obedeciendo al número; al paso es cucháis cómo hacen vibrar el bosque de aritmética las cigarras del verso.

En ese usado *Ars Amandi* os sonríen variadas y graciosas ideas femeninas. Provocan, llaman á la batalla de amor; así como ese hojeado Aretino, propiedad quizá de alguna refinada marquesa del tiempo pasado, es un curioso prostíbulo.

En las bibliotecas existe el «inferi,» como en ciertos museos los gabinetes secretos y en los estereóscopos las vistas reservadas. ¿En dónde había de estar sino en el infierno la *Justina* del divino Marqués?

**

Los impresores y los encuadernadores son los arquitectos de las ideas congregadas. Ellos les levantan sus palacios, ó las alojan en casas burguesas; las adornan de formas elegantes, caprichosas, modernas, graves, cómicas; las ilustran, las refinan ó las ponen en aislados ghetos; las colocan, las recaman de oro, como si fuesen personas imperiales; tapizan sus casas con las pieles de los animales, con costosos per-

gaminos, telas ricas, sedas y galones. Muchas, fastuosas y vulgares, moran en palacetes opulentos de keapsake; otras hermosísimas, puras, nobles, llevan pobremente en ediciones modestas su perfecta gracia gentilicia.

Las primeras son semejantes á ricas herederas, feas y estúpidas; las otras, á princesas olvidadas, hijas de reyes caídos, virginales, supremas, avasalladoras por la sola virtud de su potencia nativa. Hay unas heroicas, yámbicas, masculinas. Hay las soldados, espadachines, verdugos, perros furiosos. ¡No toquéis á los que manejan ideas!

Allí viven las ideas en sus casas, en sus ciudades é imperios, las bibliotecas; tienen sus Parises, sus Londres, sus aldehuelas, sus villas. En las puertas de sus mansiones se ven nombres anunciadores de sus jerarquias, desde la *Biblia* hasta *Bertoldo*, desde Hugo hasta el Sr.*** Pues todo en ellas sucede como en los hombres, y así son unas porfiróginitas, otras plebeyas. Y como el hombre también, unas mueren y caen en el olvido, otras ascienden á la inmortalidad, por la suma gloria del genio.

RUBEN DARIO.

Frente al arco del Triunfo.

¡Los Bárbaros, Francia! ¡Los Bárbaros, cara Lutecia! Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín. Del ciclope al golpe ¿qué pueden las Risas de Grecia? ¿Qué pueden las Gracias, si Herákles agita su crin?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia, El viento que arrecia del lado del férreo Berlín, Y allí bajo el templo que tu alma pagana desprecia, Tu Vate hecho polvo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina; Oh, Roma, suspende tu fiesta divina y mortal! Hay algo que viene como una invasión aquilina

Que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal. *Tannhäuser!* Resuena la marcha marcial y argentina, Y amaga á lo lejos el águila de un casco imperial....

RUBEN DARIO.



EL ALMA DE LAS FLAUTAS.

Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi,
Sylvestrem tenui musam meditaris avena.
Eglog. I. Virgilio.

De «Canciones Surianas.»

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Mientras triscan en el prado las ovejas
y retozan en las peñas los cabritos,
se congregan los pastores, bajo el toldo
que abre un misericordioso tamarindo.
Son los ángeles-custodios del rebaño;
los que acechan á los lobos carnívoros
rondadores del aprisco;
son los buenos habitantes de la Sierra,
son los indios!

Y á la sombra del gran árbol opulento,
árbol-rey, árbol proficuo,
verde lira de los vientos surianos,
camarín de los zenzontles y los mirlos,

los pastores tocan *aires* de la costa
en sus flautas de carrizo!

Una dulce ola de música se eleva
desgranando su cristal en gorgoritos:
es un chorro de silvestres armonías
que se quiebra en el azur del cielo limpio...
es el alma de las cañas, que se queja
impulsada por el soplo de los indios...
es el alma de las cañas que solloza
por los huertos odorantes á tomillo;
por las eras donde crujen las espigas,
—oros pálidos y vivos;—
por las yuntas que laboran en los campos
mansamente, con su grave porte olímpico;
por la púbera pastora Galatea,
muy más blanca que el *toisón* del corderillo.

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Unas lloran con dolor de chirimía,
otras plañen como triste caramillo,
otras tienen la ternura de la avena
y otras el marcial *alegro* de los pífanos.
Y esa música salvaje, tan sentida,
que se eleva de las flautas de carrizo,
tiene un mágico poder: en su ala de oro
nos remonta al infinito.

Hasta el ave se avergüenza al escucharla
y en el buche esconde *trémolos* y trinos...
hasta sienten los jaguares al oír
misteriosos calosfríos,
y las víboras se arrastran hacia ella
por la influencia de su hechizo...

Oh buen Pan, guarda tu rústica siringa,
que más dulces son las flautas de los indios!
Asombrados los zagales, bajo el toldo
que abre el misericordioso tamarindo,

mientras pacen las ovejas en el prado
y entrechocan sus pitones los cabritos
se entretienen jubilosos é inocentes
con sus flautas de carrizo,
y en alegre ruego todos congregados
son un grupo melancólico de Títiros.

Lenta lenta, triste triste, suave suave,
vuela el alma de las flautas de los indios;
tiembla el bosque con *frú-frú* de fina seda,
se abre un surco luminoso en lo infinito,
sopla tibia y leve ráfaga de viento,
se columpia el gigantesco tamarindo;
y, de pronto, diademada de laureles,
con su túnica de armiño,
con la lira de las églogas al hombro,
proyectando su gran sombra sobre el río,
dulce y tierna y hermosísima y sagrada
atraviesa la figura de Virgilio...

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!
México.

JUAN B. DELGADO.



LEYENDA.

A CARLOS.

Y mi guitarra es testigo
y mi llanto,
de que es cierto lo que digo
en mi canto;
que el mismo viento oloroso
que aromas tomó en el valle,
al pasar por esta calle,
cual un viajero curioso,
fingió llamar á mi puerta
bien cerrada,
nunca abierta,
donde una yedra morada
—signo de esperanza muerta—
sola creció y olvidada.....

Y que después de tocar
á porfía,
fuése á otra puerta á llamar
frente por frente á la mía,
ancha puerta,

siempre abierta,
de cuyo marco pendía
—símbolo de la ventura—
una oxidada herradura
que en la altura
se mecía.....

en tanto que por la puerta,
siempre abierta

á la luz y al firmamento,
juntábase con el viento
la charla de golondrina
de mi pálida vecina.

Y mi guitarra es testigo
y mi llanto,
de que es cierto lo que digo
en mi canto.....

que las lluvias otoñales
que deshojan los rosales
y salpican los cristales,
por mi yedra resbalaron,
y la herradura oxidaron....
que al llegar la primavera
que el valle con flores viste,
siempre viera
su alma, alegre, mi alma, triste.....

¡Oh alma mía!
¿quién creyera

que ida ya la primavera,
en melancólico día,
muerto el sol tras el poniente,
mi amado, que estaba ausente,
buscando su amor volviera!
¿Y quién, decid, quién creyera
que al regar mi enredadera
en una hermosa mañana

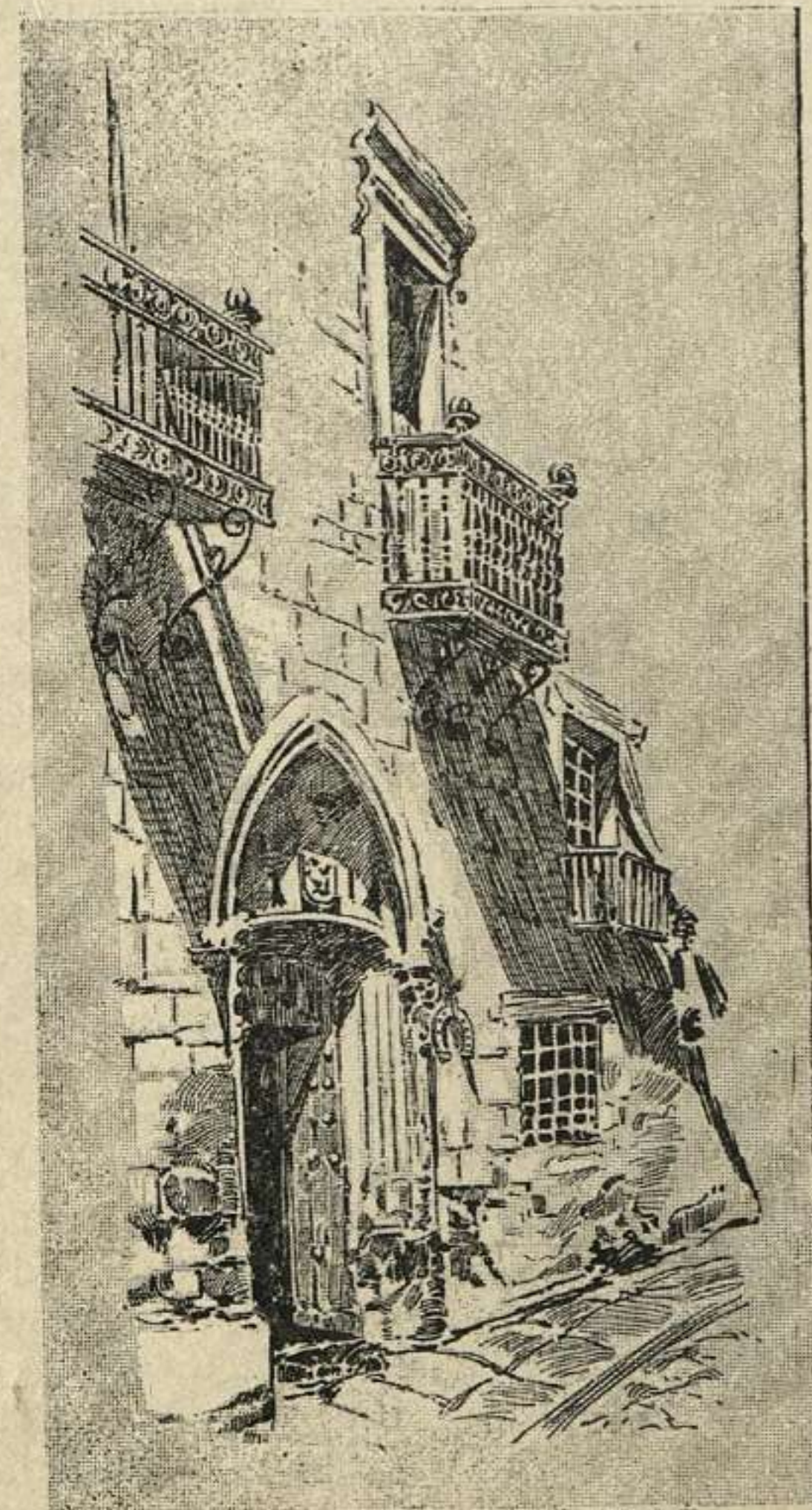
peregrina,
los dos, desde la ventana,
mirando ¡ay! hacia le puerta
siempre abierta,

de mi pálida vecina.....
tenida la vimos... ¡muerta!

Y mi guitarra es testigo,
y mi llanto,

de que es cierto lo que digo
en mi canto....
que á la siguiente alborada
cuando á llamar á porfía
su prometido venía,
sobre la puerta cerrada
—símbolo de la ventura
que de su marco pendía—
sólo encontró la herradura
oxidada
que en el aire se mecía.....

Maria Enriqueta.



Páginas de la Moda



FIG. 1.—GRUPO DE TRAJES DE PRIMAVERA.

MODAS PARISIENSES.

En cuestión de modas, continúan llevándose las faldas muy largas, muy amplias del ruedo.

Usanse mucho menos que hace algunos meses los adornos flotantes y hasta las puntillas se llevan ahora incrustadas, digámoslo así.

Sólo haremos la excepción para las túnicas de encaje que pueden colocarse flotantes sobre la falda de encima.

Estas túnicas, que constituyen verdaderos *pardessus* de puntillas se harán sin costura.

No por esto vayamos á creer que los encajes son tejidos *ad hoc*, no; se unen entre sí con entredoses y esto nos da la ilusión de que todas son de una sola pieza.

Todo eso, como puede comprenderse, no es más que un exquisito refinamiento de la fantasía y de la sencillez lujosa.

Esas dos palabras expresan muy bien las tendencias de la época: no queremos nada demasiado llamativo; pero todo lo deseamos en armonía y tratamos de que una falda de lanilla sea hoy más perfecta que lo fuera en tiempos una falda de la más rica seda.

Siempre trajes princesa, principalmente de terciopelo; las economías hacen estos vestidos con doble fin: para *soirées*, descotados y, para vestir, con un pechero, también de terciopelo ó de muselina de seda del mismo tono.

Los sombreros de verano van presentándose ya por los escaparates.

Son, más que nada, caprichosas fantasías nacidas de los dedos de hada que poseen las obras parisienses.

Su descripción sería muy difícil por eso mismo, su variedad es tal que casi podríamos decir que se hacen á medida, según la cabellera y el color de la que le lleva.

**

Los vestidos completos de un solo color van á estar ahora muy á la moda.

He visto en los escaparates de una gran casa de costura un lindo traje de terciopelo ligero azul gris, falda princesa muy sencilla, larga capa del mismo tono forrada de tafetán glaseado azul, adornado con dos grandes amazonas del mismo color unidas por delante en un florón de terciopelo y plumas.

Era de un gusto perfecto como conjunto y como tonalidad.

No hace falta que el traje sea precisamente de terciopelo, puede hacerse de lanilla siempre toda de un solo tono, gris, malva verde y el vestido resultará de alta distinción y buen tono.

La blusa-saco ha perdido todo el favor de nuestras elegantes y sólo se llevan ahora las chaquetas ó los boleros ceñidos.

Lo que parece imponerse definitivamente es la doble falda de la misma tela, una falda más corta como

sobrepuesta á otra más larga y ambas sin adornos.

En fin, la moda, reina del capricho, varía como velleja expuesta á los cuatro vientos.

EL AHORRO.

El desprecio de las cosas pequeñas es la roca contra la cual la mayoría de los hombres se han roto la cabeza.

Nuestra vida no es otra cosa sino una sucesión de pequeños acontecimientos, cada uno de los cuales, comparativamente, tiene poca importancia; pero que á la larga, del modo como los manejamos, depende nuestra felicidad.

Base del carácter son las cosas pequeñas, cuando son bien ejecutadas.

El buen éxito de los negocios depende de la atención que se les dé á las cosas pequeñas; el bienestar de una familia es el resultado de cosas pequeñas bien arregladas y bien hechas.

El buen gobierno de una casa depende de todas las medidas que se adopten para llevar á cabo las cosas más insignificantes.

Muchas veces, de la más ínfima cosa depende ó proviene nuestra fortuna y nuestra felicidad.

Cuántas personas llegan poco á poco, á fuerza de constancia y de privaciones, á conseguir labrarse un

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES DE PRIMAVERA.

Damos un grupo que abarca los principales modelos nuevos que la estación pone en boga en París.

Las sargas de colores claros, los cuadrillés de seda, los foulards y las bengalinas leves, son los que triunfan en asunto de géneros.

El modelo *a* es de una rara elegancia. Se compone de un casacón ajustado de satín perla de una hermosa y levísima capota con aplicaciones de terciopelo y de una falda obscura.

El modelo *b* es de satín también con dos elegantísimos acuchillados en el cuerpo que remata en punta. Lleva adornos de patas de seda obscura, y un plastrón triangular de terciopelo.

El modelo *c* es muy exótico, el jacquette se abre sobre una camisola de muselina acordonada y lleva dos elegantes filas de botones.

Por último, el modelo *d* de foulard, con gran bordado, lleva una gran jacquette abierta, ondulada graciosamente sobre una blusa justa de terciopelo y recortada en forma de bolero.

FIG. 2.—GRAN TOILETTE DE CALLE.

Túnica amplísima, con corte de bata, cayendo sobre una falda inferior de cuadrillé de seda.

FIGURA 3.

Damos uno de nuestros modelos más en boga para los trajes de ciclistas. De sarga gris acero, muy elegante. Jacquette y faldas abiertas con presillas de mucho gusto. Sombrerito redondo de paja de Francia.



FIG. 2.—GRAN TOILETTE DE CALLE

capital; pero para ello se necesita tener una fuerza de voluntad á toda prueba, y no desmayar nunca en la empresa; muy desgraciado ha de ser el que no llegue á conseguir el resultado apetecido, haciendo los pocos un total de muchos.

El ahorro en una familia es la base fundamental de ella. Sin él, todas son desgracias y discordias, viniendo por fin á concluir en la miseria, y lo que es muchas veces más terrible, en el deshonor.

Acostúmbrense las familias al ahorro y disfrutarán siempre de la felicidad y bienestar que ésta proporciona.

JOYAS DE RICAS AMERICANAS.

Las mujeres americanas poseen las joyas más espléndidas del mundo. Mrs. Jorge Vanderbilt, es dueña de un famoso collar de solitarios rubíes valorizado en \$500.000. Mrs. Webbe tiene un lazo de perlas negras, que suele llevar sobre un corset de terciopelo. Mr. J. J. Astor tiene una magnífica corona de diamantes, y Mrs. J. Gould posee dos lazos de perlas y dos de esmeraldas. Mr. C. Macuay tiene un curioso trío de anillos que pertenecían á un príncipe Indo. Los anillos se encontraron unidos uno al otro, aunque cada uno es para un dedo separado, los tres deben ser llevados á la vez. Se hallan montados en oro y contienen un magnífico rubí, dos esmeraldas y dos diamantes. La montadura consiste en la cabeza de un dragón, teniendo las joyas entre las mandíbulas.

El último amor de Goethe.

La baronesa Ulrich de Levetzow, la última pasión de Goethe, que la conoció muy joven con su madre en Carlsbad en 1822, acaba de celebrar en Tribnitz, Bohemia, el 95º aniversario de su nacimiento; según dice un diario belga.

La anciana dama que es bien conocida por su caridad, se conserva admirablemente bien. Los habitantes de Tribnitz organizaron en esta ocasión una gran procesión de antorchas.



FIG. 3.—TRAJE DE CICLISTA.